



Lecturas

Tercer grado

Lecturas

Tercer grado



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretaría de Educación Pública
Esteban Moctezuma Barragán

Subsecretaría de Educación Básica
Marcos Augusto Bucio Mújica

Dirección General de Materiales Educativos
Aurora Almudena Saavedra Solá

Compilación

Leopoldo Cervantes-Ortiz, Lino Contreras Becerril, Olga Correa Inostroza, Sharon De la Torre, Modesta García Roa

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Preprensa

Cittali María del Socorro Rodríguez Merino

Portada

Diseño: Martín Aguilar Gallegos

Iconografía: Irene León Coxtinica

Imagen: *Mujeres (detalle)*, 1928, Diego Rivera (1886-1957), fresco, 3.94 x 1.34 m, ubicado en el Patio del Trabajo, segundo nivel, D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/ fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2021 Banco de México, Fiduclario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo, Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2021.

Servicios editoriales

Coordinación editorial

Olga Correa Inostroza

Diseño editorial

Agustín Azuela de la Cueva

Diagramación

Elvia Leticia Gómez Rodríguez

Asistencia editorial

Antonio Noel Gutiérrez González

Cuidado de la edición

Modesta García Roa

Corrección de estilo

Sara Giambruno Roca, Julián Rodríguez

Ilustración

Mariana Alcántara Pedraza, Diego Álvarez, Sharon Barcs, Israel Barrón, Patricio Betteo, Ángel Campos Frías, Julián Cicero, Juan José Colso, Paloma Díaz, Julia Díaz Garrido, Ixchel Estrada, Ricardo Figueroa Cisneros, Isabel Gómez Guizar, Mauricio Gómez Morán, Natalia Gurovich, David Lara, Claudia Legnazzi, Diego Molina, Claudia Navarro, Ricardo Peláez Goycochea, Gabriela Podestá, Tania Recio, Esmeralda Ríos, Luis San Vicente, Mauricio Torres Rivera, Cecilia Varela

Primera edición, 2020

Primera reimpresión, 2020 (ciclo escolar 2021-2022)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2020,
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-368-3

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

Agradecimientos

La Secretaría de Educación Pública (SEP) agradece a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la elaboración de este libro.

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la SEP emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y excelencia, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado maestras y maestros, autoridades escolares, expertos y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Índice

Ser lectores	7
De cómo aprendí a leer, Sor Juana Inés de la Cruz	8
Los trenes, Eliseo Diego	10
El ladrón poseído, Lie Yukou	11
Canción para dormir, Miguel N. Lira	12
El huésped, Amparo Dávila	14
Cantares mexicanos, Anónimo	16
Acerca de la b, Conde de la Cortina	18
Canto a Juárez, Rubén Bonifaz Nuño	20
La fábula de los cangrejos, José Joaquín Fernández de Lizardi	22
Oda a la flor azul, Pablo Neruda	24
El viejo y el mar, Ernest Hemingway	26
Palíndromos 1, Juan Filloy, Darío Lancini, Margarita Monsalve, Adam Rubalcava	28
El unicornio, Anónimo	30
Vendedor de lanzas y escudos, Han Fei	31
Bordas de hielo, César Vallejo	32
En Liliput, José Juan Tablada	33
Los viajes de Gulliver, Jonathan Swift	34
Abejas, Piotr Socha	36
Muere esta ínfima criatura, Eduardo Lizalde	38
La casa de José Arcadio Buendía, Gabriel García Márquez	40
Poesía visual, Anónimo	42
El pájaro carpintero, Leopoldo Lugones	43
El cóyotl, Fray Bernardino de Sahagún	44
Pausas I, José Gorostiza	46
Pausas II, José Gorostiza	47
Alicia en el País de las Maravillas, Lewis Carroll	48
Pegasos, lindos pegasos, Antonio Machado	52

Los sueños, Antonio Machado	53
Los perros bomberos, León Tolstói	54
Palíndromos 2, Gilberto Prado Galán, Carlos Illescas	57
La ardilla, Amado Nervo	58
El barquito de papel, Amado Nervo	59
El sapo, Juan José Arreola	60
El caracol, Anónimo	61
El monte Fuji, en Japón, Lafcadio Hearn	64
Así es / Mocambo, Efraín Huerta	65
Wolis t'aan, Briceida Cuevas Cob	66
Pelota de voz, Briceida Cuevas Cob	67
Lo útil y lo bello, Rubén Bonifaz Nuño	68
Dédalo e Ícaro, versión libre del mito griego de Ricardo Peláez	70
Canto de primavera, Nezahualcóyotl	74
El tejoncito maya, Rosario Castellanos	76
Éxodo, Rosario Castellanos	77
El gigante egoísta, Oscar Wilde	78
La lengua de las mariposas, Manuel Rivas	80
Xjiplajet li toketike, Ruperta Bautista	82
Cuelgan las nubes, Ruperta Bautista	83
Concurso de viejos, Eduardo Galeano	84
Todo queda en casa, Alice Munro	85
Definir, Jorge Luis Borges	88
¿Qué es la hierba?, Walt Whitman	89
Mariposa, Coral Bracho	90
Variaciones de colores, Xavier Villaurrutia	91
Pinocho, Carlo Collodi	92
El alma de los pulpos, Sy Montgomery	96
Frankenstein, Mary W. Shelley	98

Gotas, Ida Vitale	101
Tatapachichi, Anónimo	102
El saltamontes colorado, Anónimo	103
El oro, Francesco Petrarca	104
Rayo de luna, Elías Nandino	105
Las cuatro faldas, Günter Grass	106
Los pingüinos de Magallanes, Tom Michell	108
Canción tonta, Federico García Lorca	110
A mi primer nieto, Miguel de Unamuno	111
Hansel y Gretel, Anónimo	112
Aforismos, Juan Ramón Jiménez, Jonathan Swift	119
Algunos deseos, David Huerta	120
La flor y la miel, Luis de Góngora	121
La gallina, Jules Renard	122
El cuervo, Edgar Allan Poe	124
Pétalo de magnolia, Isabel Fraire	126
Elefantes, José Martí	127
Pensamientos de una niña, María Enriqueta	130
El ruiseñor, Guadalupe Amor	131
Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes Saavedra	132
Diccionario poético, Ramón Gómez de la Serna, José Juan Tablada, Dolores Castro	134
La piel de la hiena, Anónimo	135
Castillos en el aire, Fernando del Paso	138
Glosario	140
Bibliografía	141
Créditos iconográficos	144

Ser lectores

Tú ya no eres una niñita ni un niño. Tú estás ya en tercero. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color rosa te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

De cómo aprendí a leer

Sor Juana Inés de la Cruz

No había cumplido los tres años de edad cuando mi madre envió a una hermana mía, mayor que yo, a que aprendiera a leer en una escuela femenina de las que llaman "Amigas". Me llevó tras ella el cariño y la travesura, pero viendo que le daban la lección, me encendí yo en el deseo de saber leer. Engañando, a mi parecer, a la maestra, le dije que mi madre ordenaba que también me diera la lección.

Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de juego, porque la desengañó la experiencia, pues aprendí a leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando se enteró mi madre, a quien la maestra se lo ocultó para darle el gusto por completo y recibir el galardón al mismo tiempo. Yo lo callé, creyendo que me regañarían por haberlo hecho sin permiso.



Los trenes

Eliseo Diego

¿Adónde han ido los trenes
llenos de fama y poder,
cuya elocuencia fue ayer
la gloria de los andenes?
Cuando por la tarde vienes
cruzando el año perdido,
¡cómo extrañas el silbido
anhelante, noticioso,
que desdeñaba el reposo
y majestad del olvido!



El ladrón poseído

Lie Yukou

Un hombre sediento de oro, del Reino de Qi, se vistió elegantemente y fue a caminar por la plaza. En cuanto llegó a la tienda del comerciante de oro se apoderó de una pieza y desapareció.

Días después fue aprehendido y le preguntaron:

—¿Por qué robaste el oro en presencia de tanta gente?

—Cuando tomé el oro —contestó—, no vi a nadie. No vi más que el oro.



Canción para dormir

Miguel N. Lira

—A la luna luna,
luna de marfil;
ya mi niño lindo
se quiere dormir.

—Ciérrale los ojos,
luna de **oropel**,
para que se duerma
mi niño de miel.

—Duérmete mi niño
duérmete mi amor
que viene el gigante
tocando el tambor.

—Viene de las nubes,
ópalos y añil,
con tres soldaditos
de espada y fusil.

—Que se duerma el niño,
que se duerma ya,
que una mariposa
lo despertará.





El huésped

Amparo Dávila

La casa era muy grande, con un jardín en el centro y los cuartos distribuidos a su alrededor. Entre las piezas y el jardín había corredores que protegían las habitaciones del rigor de las lluvias y del viento que eran frecuentes. Tener arreglada una casa tan grande y cuidado el jardín, mi diaria ocupación de la mañana, era tarea dura. Pero yo amaba mi jardín. Los corredores estaban cubiertos por enredaderas que florecían casi todo el año. Recuerdo cuánto me gustaba, por las tardes, sentarme en uno de aquellos corredores a coser la ropa de los niños, entre el perfume de las madreselvas y de las buganvillas.

En el jardín cultivaba crisantemos, pensamientos, violetas de los Alpes, begonias y heliotropos. Mientras yo regaba las plantas, los niños se entretenían buscando gusanos entre las hojas. A veces pasaban horas, callados y muy atentos, tratando de coger las gotas de agua que se escapaban de la vieja manguera.





Cantares mexicanos

Anónimo

Se conmueve mi corazón
cuando los oigo, yo cantor.
Se levantan mis recuerdos,
hacen resplandecer los cielos;
mis suspiros se van con el viento.
Paso allá a donde gorjea el colibrí
color de ave zacuan,
en el interior del cielo.

Y hago ver por todas partes a mi corazón.
Y en verdad no eleva mucho su canto el ave preciosa;
en verdad lo sobrepasa en el interior del cielo
el corazón del Dueño del cerca y del junto
que allí perdura.



Si no fuera así, se irá empolvando mi recuerdo.
¿Podrá acaso él atravesar con la mirada
y contemplar la maravilla
con que en el cielo las aves preciosas
se recrean en presencia del Dueño del cerca y del junto?

¿Cómo puedo no llorar en la tierra, aquí?
En verdad allá se vive.
Me engaño a mí mismo si digo,
¿acaso es esto todo aquí en la tierra?
¿Se acaba lo que nos hace vivir?
Ojalá que a ti, Dueño del cerca y del junto,
te cante yo allá en el cielo.



Acerca de la b

Conde de la Cortina

Observemos en el caso presente que la primera letra de la voz *beso* es una *b*, letra que se pronuncia uniendo los labios, oprimiéndolos muy suavemente, y desuniéndolos con cierta vibración real y efectiva, aunque poco perceptible (como se verifica más o menos en las otras dos **labiales** *m* y *p*); sigue después una *e* que no tiene más oficio que hacernos prolongar el sonido de la *b* y hacer más duradera la vibración de los labios, porque la *b* hace el papel principal en todas las voces de que nos valemos para referir la idea a ciertas acciones o cosas pertenecientes a los labios.

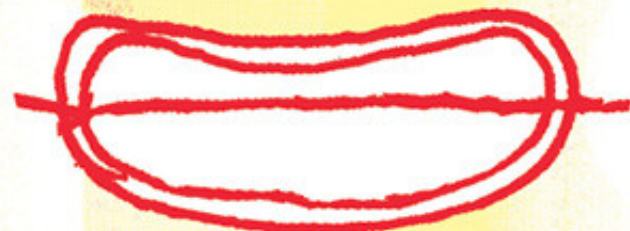


Item 5472™

Item 5472™



Tiene esta letra las voces: *labio, beber, bebida, besar, beso, saborear, sabor, sabroso, boca, bocanada, bostezar, bostezo, bozo, borbotón, bocina, bocera, silbar, silbo, sorber, baboso, baba, buche, balbuciente.* Acciones todas en las que tienen los labios más o menos parte.



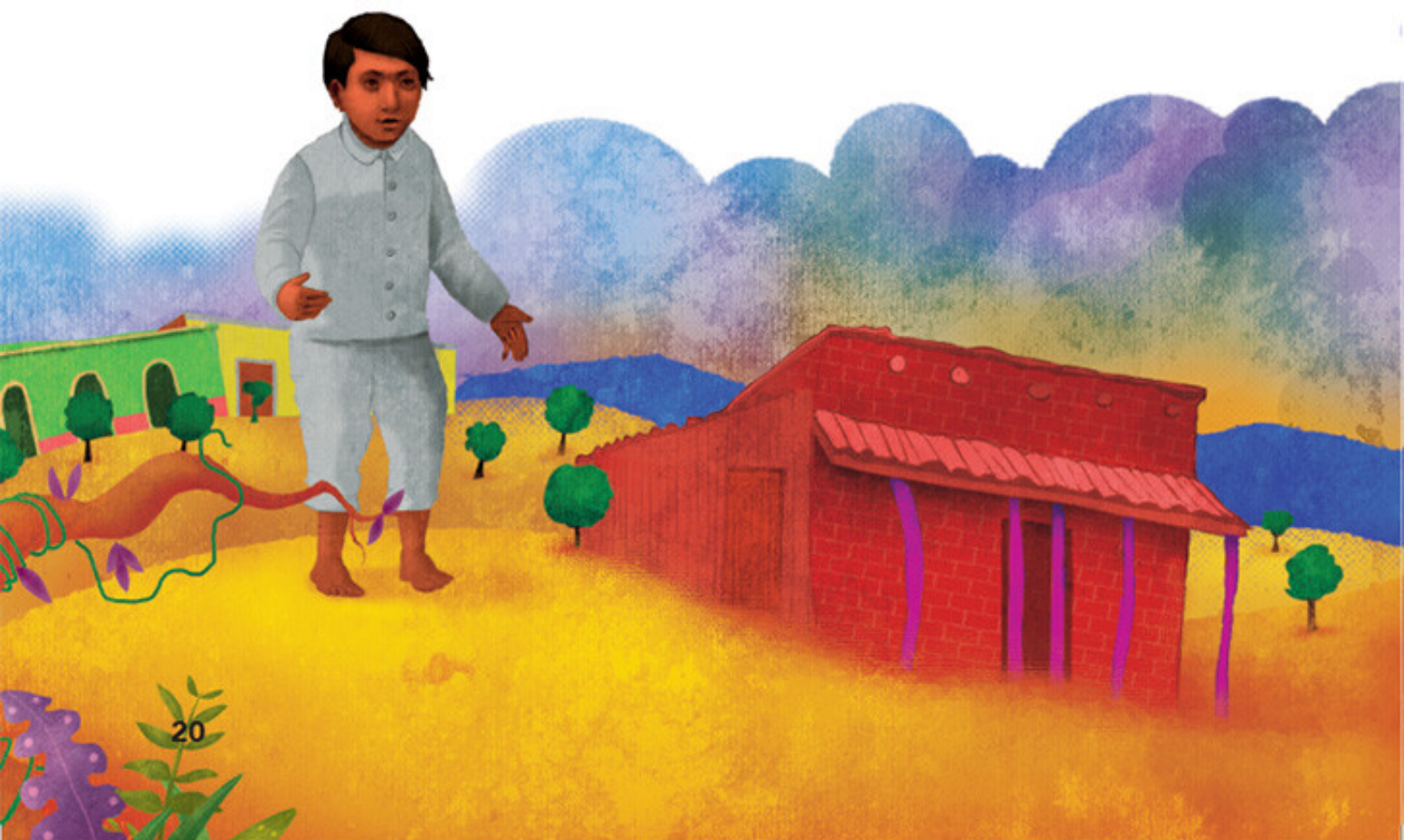
Canto a Juárez

Rubén Bonifaz Nuño

Nació en San Pablo Guelatao
el 21 de marzo de 1806.
Sus padres fueron Marcelino Juárez
y Brígida García.
Muy temprano quedó huérfano y solo.

Fue la necesidad entonces
quien le hizo la razón. Fue la pobreza
quien le mostró su parentesco
con la tierra triste que pisaba.
La soledad en que vivía
le enseñó la costumbre del silencio.

Fue a la ciudad más tarde.
Comió el pan trabajando humildemente.



Así adquirió las herramientas
que son capaces de fundar al hombre...

Se volvió grande poco a poco.

Se volvió grande y fuerte y doloroso.

Tomó sobre su espalda quieta
el oscuro pasado y la esperanza,
los convirtió en deber, y de tal modo armado
resistió la traición, salvó el orgullo,
combatió al extranjero,
y fue ley y bandera,
y cauce de la patria que nacía.






La fábula de los cangrejos

José Joaquín Fernández de Lizardi

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este defecto, pero un cangrejo machucho dijo: —Señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir a nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que enmendando ellos este despilfarro, enseñen después a sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar.



An illustration of an underwater scene. At the top, a school of small dark fish swims in a curved path. To their right, a larger yellow fish with a patterned body swims. On the right side, there is a large, dark rock formation with orange and yellow coral growing from it. Several small orange and white striped fish are swimming near the rock. In the middle ground, a group of red fish swims. At the bottom, several bright orange crabs are on a sandy seabed with some dark seaweed. The background is a deep teal color with some bubbles and faint outlines of other marine life.

Todos los cangrejos, *nemine discrepante* [sin excepción], celebraron el arbitrio. Encargose su ejecución a los cangrejos padres, y éstos con muy buenas razones persuadían a sus hijos a andar derechos; pero los cangrejitos decían: ¿A ver cómo, padres?

Aquí era ello. Se ponían a andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es tan natural, hacían lo que veían y no lo que oían, y de este modo se quedaron andando como siempre.

Oda a la flor azul

Pablo Neruda

Las minúsculas hierbas
se coronaron de oro,
las plantas de la arena
dieron rayos morados
y a cada pequeña hoja de olvido
llegó una dirección de luna o fuego.
Cerca del mar, andando,
en el mes de noviembre,
entre los matorrales que reciben
luz, fuego y sal marinas
hallé una flor azul
nacida en la durísima pradera.





¿De dónde, de qué fondo
tu rayo azul extraes?
¿Tu seda temblorosa
debajo de la tierra
se comunica con el mar profundo?
La levanté en mis manos
y la miré como si el mar viviera
en una sola gota,
como si en el combate
de la tierra y las aguas
una flor levantara
un pequeño estandarte
de fuego azul, de paz irresistible,
de **indómita** pureza.

El viejo y el mar

Ernest Hemingway

—Si sigue usted tan fuerte como dice, no habrá pez que pueda con usted.

—Quizá no lo sea tanto como creo —repuso el viejo—. Pero conozco muchos trucos y soy un hombre decidido.

—Debería irse a dormir para estar despejado por la mañana. Llevaré las cosas de vuelta a la Terraza.

—Buenas noches. Te despertaré por la mañana.

—Es usted mi reloj despertador —dijo el muchacho.

—El mío es la edad —respondió el otro—. ¿Por qué madrugaremos tanto los viejos? ¿Será para alargar el día?

—No sé —dijo el chico—. Lo único que es seguro es que los jóvenes duermen mucho y tienen el sueño profundo.

—Lo recuerdo —dijo el viejo—. Te despertaré a tiempo.

—No me gusta que me despierte él. Me hace sentir inferior.

—Lo sé.

—Que duerma bien.



El chico se fue. Habían cenado sin luz en la mesa, el viejo se quitó los pantalones y se metió en la cama en la oscuridad. Enrolló los pantalones para hacerse una almohada y metió dentro el periódico. Se arrebujó en la manta y durmió sobre los otros periódicos viejos que cubrían los **muelles** del colchón.

Se quedó dormido enseguida y soñó con África cuando era un muchacho, con las playas largas, doradas y tan blancas que herían la vista, y con los cabos y las gigantescas montañas marrones. Últimamente habitaba esa costa todas las noches y en sus sueños oía el rugido de las olas y veía los botes de los nativos entre la espuma. Olía el alquitrán y la estopa de la cubierta mientras dormía y también el olor de África que traía el viento **terral** por las mañanas.



Palíndromos 1



¿ACASO HUBO BÚHOS ACÁ?

Juan Filloy



YO HAGO YOGA HOY

Darío Lancini



¡A RODAR RANA NARRADORA!

Margarita Monsalve




ASÍ ME TRAE ARTEMISA

Adam Rubalcava



El unicornio

Anónimo

An illustration of a queen in a purple and pink dress with a unicorn in a magical forest. The queen is on the left, wearing a purple hooded cloak over a pink gown, with a golden crown. She is looking towards a small, white, spotted unicorn with a single horn and a flowing mane. The unicorn is standing in a lush, green forest with various plants and flowers. To the right, there is a large tree with a thick, reddish-brown trunk and several large, dark, round, purple fruits hanging from its branches. The background is a soft, hazy landscape with green hills and a light sky.

Es un animal pequeño,
como una cabra; pero es muy
huidizo, y los cazadores no pueden
acercarse a él, pues tiene gran astucia.
Tiene un cuerno en mitad de la cabeza.
Explicuemos ahora cómo se le atrapa.
Envían a su encuentro a una pura doncella
revestida de una túnica. Y el unicornio salta
al regazo de la doncella; ella lo amansa,
y él la sigue; así lo conduce al palacio del rey.

Vendedor de lanzas y escudos

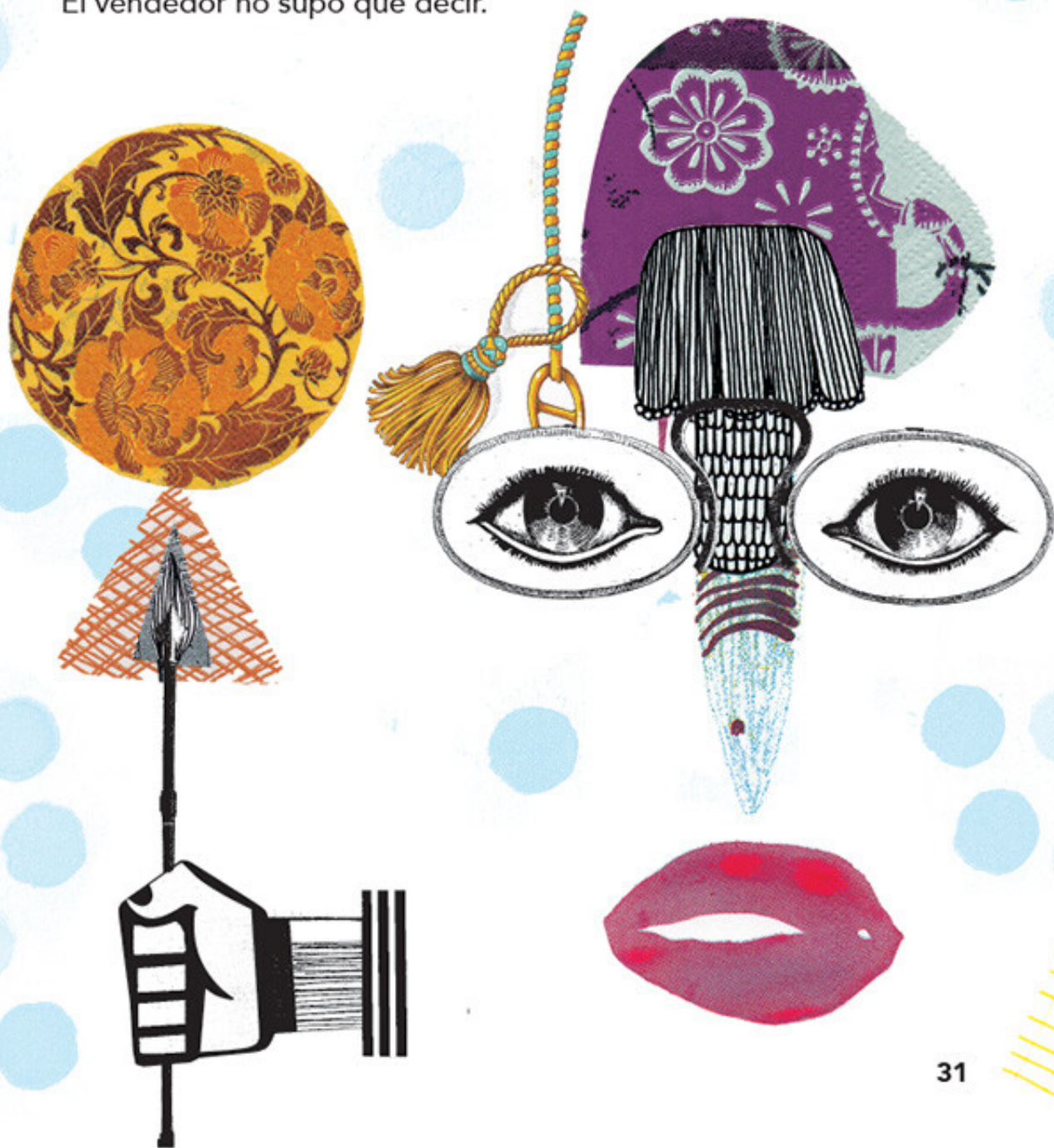
Han Fei

En el reino de Chu vivía un hombre que vendía lanzas y escudos.

—Mis escudos son tan sólidos —se jactaba—, que nada puede traspasarlos. Mis lanzas son tan agudas que no hay nada que no puedan penetrar.

—¿Qué sucedería si una de tus lanzas chocara con uno de tus escudos? —le preguntaron.

El vendedor no supo qué decir.



Bordas de hielo

César Vallejo

Vengo a verte pasar todos los días,
vaporcito encantado siempre lejos...
Tus ojos son dos rubios capitanes;
¡tu labio es un brevísimo pañuelo
rojo que ondea en un adiós de sangre!

Vengo a verte pasar; hasta que un día,
¡embriagada de tiempo y de crueldad,
vaporcito encantado siempre lejos,
la estrella de la tarde partirá!



En Liliput

José Juan Tablada

Hormigas sobre un
grillo inerte. Recuerdo
de Gulliver en Liliput...



Los viajes de Gulliver

Jonathan Swift

De los habitantes de Liliput.

De poco menos de seis pulgadas de alto los naturales de estatura media, hay exacta proporción en los demás animales, así como en árboles y plantas. Por ejemplo: los caballos y bueyes más grandes tienen de cuatro a cinco pulgadas de altura; los carneros, pulgada y media, poco más o menos; los gansos, el tamaño de un gorrión aproximadamente.



Pero la Naturaleza ha adaptado los ojos de los liliputienses a todos los objetos propios para su visión; ven con gran exactitud, pero no a gran distancia. Como testimonio de la agudeza de su vista para los objetos cercanos puedo mencionar la diversión que me produjo observar cómo un cocinero pelaba una calandria que no llegaba al tamaño de una mosca corriente, y cómo una niña enhebraba una aguja invisible con una seda invisible.



Abejas

Piotr Socha

¡100 millones de años! Ése es, como mínimo, el tiempo que llevan las abejas en la Tierra. Así que son de la época en la que en la Tierra todavía reinaban los dinosaurios. ¿Cómo lo sabemos? Pues porque se han encontrado piezas de ámbar que tienen esa antigüedad, y en su interior esos insectos a rayas.

Las abejas obreras adultas miden entre 12 y 15 milímetros y pesan $\frac{1}{10}$ de gramo. Los zánganos son algo más largos y dos veces más pesados, pero la más grande es la abeja reina, que llega a alcanzar los 25 milímetros. Las abejas tienen unas antenas en la cabeza que cumplen la función de los órganos del olfato y del tacto. Sus enormes ojos, a ambos lados de la cabeza, están compuestos de miles de minúsculos ojos.



Por entre ellos hay también tres pequeños ocelos. Las abejas perciben bien los colores, aunque de manera algo diferente al ser humano. No ven el color rojo, pero sí distinguen el ultravioleta, imperceptible para nosotros. Una larga trompa les sirve para beber el néctar de la base de las flores, y con las mandíbulas se ayudan para comer y construir el panal. Las abejas, como todos los insectos, tienen seis patas.

Los dos pares de alas parecen uno solo pues están fuertemente unidos entre sí por unos pequeños ganchos. Las abejas aletean durante su vuelo hasta 230 veces por segundo, y se desplazan a una velocidad de 30 kilómetros por hora. Las paredes del panal están hechas de la cera que producen unas glándulas especiales en el abdomen de las obreras, donde también está el aguijón, con pinchos, y, pegado a él, un saquito lleno de veneno. Las rayas en el abdomen de abejas, abejorros y avispa son una señal que dice: "¡Cuidado, pico!".



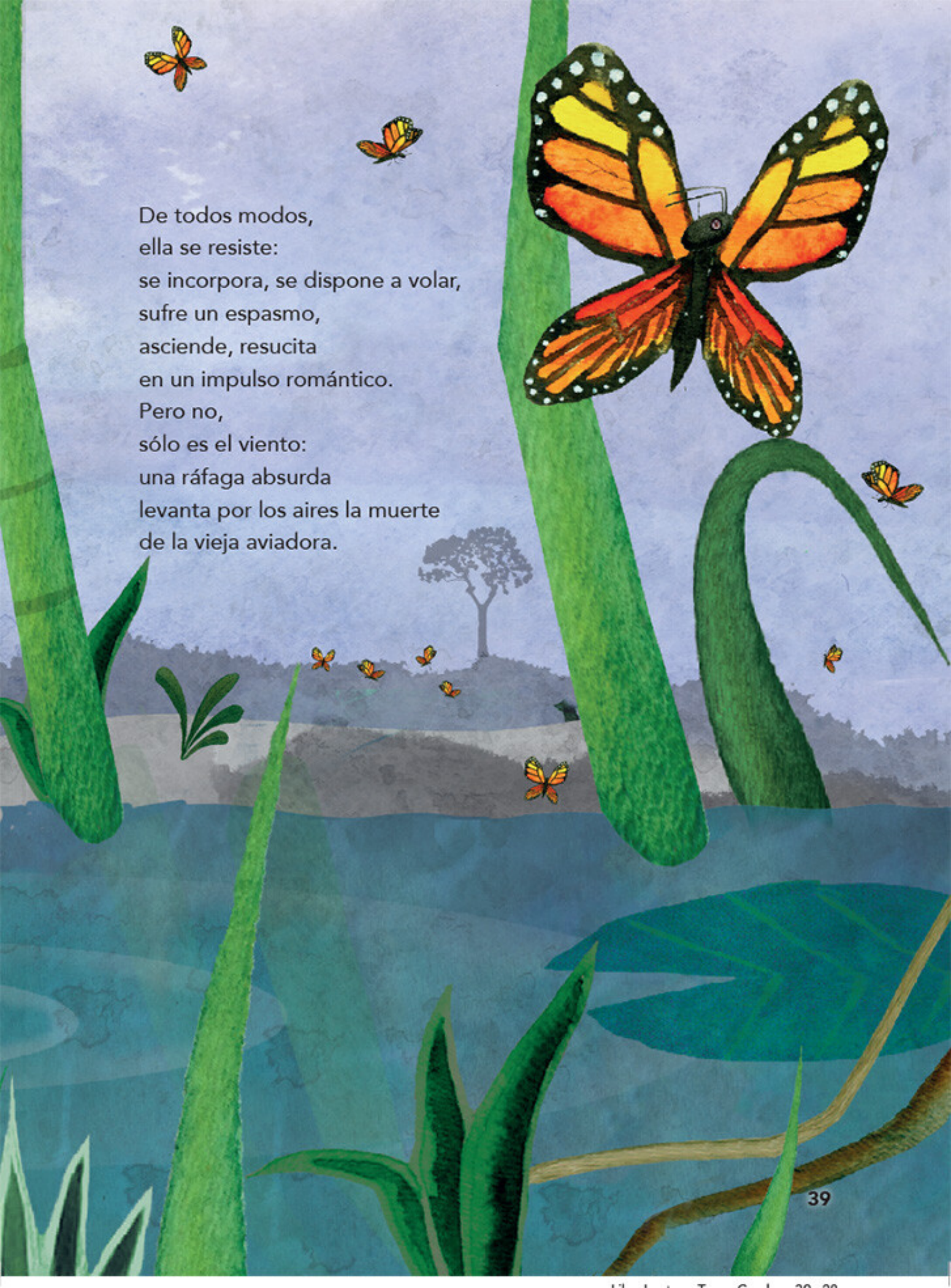


Muere esta **ínfima** criatura

Eduardo Lizalde

Las franjas amarillas de sus alas
forman dos medios círculos
¿trazados para terminar en qué otro cuerpo?
La levanto suavemente,
para que beba el aire en que ha vivido.
Logra planear apenas. Cae.
Sus pequeños motores están mudos.
No hay hospitales para mariposas,
ni seguro social para estos pobres seres
creados sólo
para decorar la Tierra.
Nada que hacer contra lo **efímero**.
Ninguna cirugía a la mano.






De todos modos,
ella se resiste:
se incorpora, se dispone a volar,
sufre un espasmo,
asciende, resucita
en un impulso romántico.
Pero no,
sólo es el viento:
una ráfaga absurda
levanta por los aires la muerte
de la vieja aviadora.

La casa de José Arcadio Buendía

Gabriel García Márquez

Al principio, José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo físico, para la buena marcha de la comunidad. Puesto que su casa fue desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras fueron arregladas a su imagen y semejanza.





Tenía una salita amplia y bien iluminada, un comedor en forma de terraza con flores de colores alegres, dos dormitorios, patio con un castaño gigantesco, un huerto bien plantado y un corral donde vivían en comunidad pacífica los chivos, los cerdos y las gallinas. Los únicos animales prohibidos no sólo en la casa, sino en todo el poblado, eran los gallos de pelea.

Poesía visual

Anónimo

regar 

Vi **en**  **to**

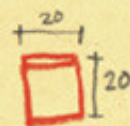
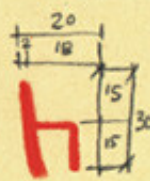
El pájaro carpintero

Leopoldo Lugones

El maestro carpintero,
de la boina colorada,
va desde la madrugada
taladrando su madero.

No corre en el bosque un soplo.
Todo es silencio y aroma.
Sólo él monda la carcoma
con su revibrante **escoplo**.

Y a ratos, con brusco ardor,
bajo la honda paz celeste,
lanza intrépido y agreste
el canto de su labor.



El cóyotl

Fray Bernardino de Sahagún

Hay en esta tierra un animal que se dice *cóyotl*, al que algunos de los españoles le llaman *zorro*, y otros, *lobo*; pero según sus características, a mi ver, ni es lobo ni zorro, sino un animal propio de esta tierra.

Es muy peludo, tiene la cola gruesa y muy lanuda; las orejas pequeñas y puntiagudas, el hocico largo y no muy grueso y oscuro; tiene las piernas nervudas, las uñas curvas y negras y es muy cuidadoso para cazar: se oculta y mira a todas partes; es muy **sagaz** al acechar a su presa, pues cuando quiere capturarla, primero echa su vaho contra ella, para infectarla y desfallecerla con él.



Es diabólico este animal: si alguien le quita a su presa, lo sigue y procura vengarse de él, matándole a sus gallinas o a otros animales de su casa. Y si no tiene algo para vengarse, lo espera cuando va caminando y se le pone delante ladrando, como si se lo quisiera comer, para **amedrentarlo**. También algunas veces se acompaña con otros tres o cuatro compañeros para espantarlo, y hacen esto de noche o de día.



Pausas I

José Gorostiza

¡El mar, el mar!
Dentro de mí lo siento.
Ya sólo de pensar
en él, tan mío,
tiene un sabor de sal mi pensamiento.



Pausas II

José Gorostiza

No canta el grillo. Ritma
la música
de una estrella.

Mide
las pausas luminosas
con su reloj de arena.

Traza
sus órbitas de oro
en la desolación **etérea**.

La buena gente piensa
—sin embargo—
que canta una cajita
de música en la hierba.



Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

En la madriguera del conejo.

Alicia comenzaba a hartarse de estar sentada sin quehacer en la ribera del río. Una o dos veces se había asomado al libro que leía su hermana junto a ella, pero el libro no tenía dibujos ni diálogos. "¿Y de qué sirve un libro que no tiene dibujos ni diálogos?", pensaba.

Así que estaba meditando (lo mejor que podía, pues el calor de aquel día la hacía sentirse muy somnolienta y atontada) en si el placer de ensartar una guirnalda de margaritas valía la pena como para levantarse a cortar las flores, cuando de repente un Conejo Blanco con ojos rosados pasó corriendo cerca de ella.

Aquello no le pareció *particularmente* notable. Tampoco le pareció *tan* fuera de lugar cuando oyó que el Conejo decía para sí:



“¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos! ¡Qué tarde voy a llegar!” (Cuando más tarde se acordó de ello, Alicia pensó que quizás debía haberle extrañado, pero en ese momento le pareció de lo más natural.) Pero después de que el Conejo *sacó sin más un reloj de bolsillo de su chaleco*, lo consultó y apresuró el paso, Alicia se puso de pie de un salto porque se le ocurrió que nunca antes había visto un conejo con chaleco, mucho menos uno con un reloj que pudiera extraer del bolsillo.



Así que, ardiendo de curiosidad, corrió tras él por el campo y lo alcanzó justo a tiempo para verlo **escabullirse** por un gran agujero que se abría al pie de un seto.

Poco después también Alicia desaparecía por el agujero sin detenerse a pensar en cómo se las arreglaría luego para salir.

Por un trecho, la madriguera era recta como un túnel, pero de pronto se torcía hacia abajo, tan de pronto, que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse antes de caer por lo que parecía ser un pozo muy profundo.





Pegasos, lindos pegasos

Antonio Machado

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un **corcel** colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera.



Los sueños

Antonio Machado

El hada más hermosa ha sonreído
al ver la lumbre de una estrella pálida,
que en hilo suave, blanco y silencioso
se enrosca al **huso** de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír, porque en su **rueca**
el hilo de los campos se enmaraña.
Tras la tenue cortina de la alcoba
está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.
Dos hadas laboriosas lo acompañan,
hilando de los sueños los **sutiles**
copos en rucas de marfil y plata.



Los perros bomberos

León Tolstói

Cuando hay un incendio en las ciudades, con frecuencia los niños se quedan dentro de la casa y es imposible sacarlos, porque el miedo hace que se escondan y se estén calladitos. Además, el humo impide verlos. En Londres, para esos casos, hay perros entrenados. Estos perros viven con los bomberos, y cuando una casa está en llamas, los bomberos envían a los perros a sacar a los niños. Un perro de esos salvó en Londres a doce niños. Se llamaba Bob.



Un día se incendió una casa. Cuando los bomberos llegaron, una mujer salió corriendo a recibirlos. Estaba llorando y decía que dentro de la casa se había quedado una niñita de dos años. Los bomberos enviaron a Bob. Bob subió la escalera a toda velocidad y desapareció en medio de la humareda. Al cabo de cinco minutos apareció con la niña, a la que sujetaba del camión con los dientes. La mamá de la chiquita corrió hasta su hija, derramando lágrimas de alegría porque la niña estaba viva. Los bomberos acariciaron al perro y se pusieron a revisarlo para ver si no había sufrido ninguna quemadura.



Pero Bob intentaba desesperadamente soltarse para volver a la casa en llamas. Los bomberos pensaron que seguramente había alguien más y lo soltaron. El perro entró a todo correr en la casa y al cabo de muy poquito salió llevando algo en el hocico. Cuando la gente vio lo que era, todos se echaron a reír: llevaba una muñeca grandotota.



Palíndromos 2

SOL OPACO TOCA POLOS
SOL O PACO TOCA POLOS

Gilberto Prado Galán



SÉ VERLA AL REVÉS

Carlos Illescas



La ardilla

Amado Nervo

La ardilla corre,
la ardilla vuela,
la ardilla salta
como locuela.

—Mamá, la ardilla
¿no va a la escuela?

—Ven, ardillita,
tengo una jaula

que es muy bonita.

—No, yo prefiero,
mi tronco de árbol
y mi agujero.



El barquito de papel

Amado Nervo

Con la mitad de un periódico
hice un barco de papel,
en la fuente de mi casa
le hice navegar muy bien.

Mi hermana con su abanico
sopla, y sopla sobre él.
¡Buen viaje, muy buen viaje,
barquichuelo de papel!



El sapo

Juan José Arreola

Salta de vez en cuando, sólo para comprobar su radical estático. El salto tiene algo de latido: viéndolo bien, el sapo es todo corazón.

Prensado en un bloque de lodo frío, el sapo se sumerge en el invierno como una lamentable crisálida. Se despierta en primavera, consciente de que ninguna metamorfosis se ha operado en él. Es más sapo que nunca, en su profunda desecación. Aguarda en silencio las primeras lluvias.

Y un buen día surge de la tierra blanda, pesado de humedad, henchido de savia rencorosa, como un corazón tirado al suelo. En su actitud de esfinge hay una secreta proposición de canje, y la fealdad del sapo aparece ante nosotros con una abrumadora cualidad de espejo.



El caracol

Anónimo

Hace muchos, muchísimos años, cuando todos los animales vivían en un gran bosque, nombraron al elefante como su rey. Pasado algún tiempo él llamó a todos los animales para discutir un asunto importante. Dijo, además, que castigaría severamente al que no asistiera a la junta.

Todos los animales concurren, menos el caracol. La conferencia fue muy larga; se discutió mucho sobre cómo organizar mejor el reino, y el rey aprobaba o desaprobaba las respuestas.



Ya se iba a acabar la conferencia cuando empezaron a gritar los animales:

—¡El caracol! ¡Ya llegó el caracol!

El pobre animal llegó temblando, y lleno de miedo se presentó ante el rey.

—¿De dónde vienes tú? —le preguntó el elefante.

—De mi aldea —respondió el caracol.

—¿Y por qué llegas tan tarde? ¿No recibiste el mensaje que te envié?

—Sí lo recibí, mi señor, y en seguida me puse en camino; pero yo no tengo más que un pie para caminar; además me entumecía el frío y me enneguecía la lluvia. Por eso volví a mi casa y resolví traerme mi choza en la espalda.



El elefante se rio mucho de lo que le dijo el caracol y respondió:

—Está bien, caracol, de hoy en adelante tendrás los ojos en la punta de los cuernos: podrás ver más lejos y encogerlos cuando te molesten. Así las malezas no te harán daño y tú no tendrás de qué afligirte. Pero como castigo por haber faltado a la asamblea llevarás siempre tu casa sobre la espalda.

Después de todo, el caracol salió ganando, porque ahora ya no tiene que preocuparse por construir su casa.



El Monte Fuji, en Japón

Lafcadio Hearn

La vista más bella del Japón, y sin duda una de las más bellas del mundo, es la aparición lejana del Fuji (se pronuncia *fúyí*) en los días sin nubes, sobre todo en los días de primavera y otoño, cuando la mayor parte de la cumbre está cubierta por nieves tardías o muy tempranas.

Rara vez puede distinguirse la base sin nieve, que conserva el mismo color que los cielos; sólo percibes el cono blanco que parece colgar del cielo; y la comparación japonesa de su forma con la de un abanico al revés y a medio abrir adquiere una precisión extraordinaria gracias a las finas líneas que se extienden hacia abajo desde la cumbre, como sombras de las varillas del abanico. La visión parece incluso más frágil que un abanico; es más bien el fantasma o el sueño de un abanico.

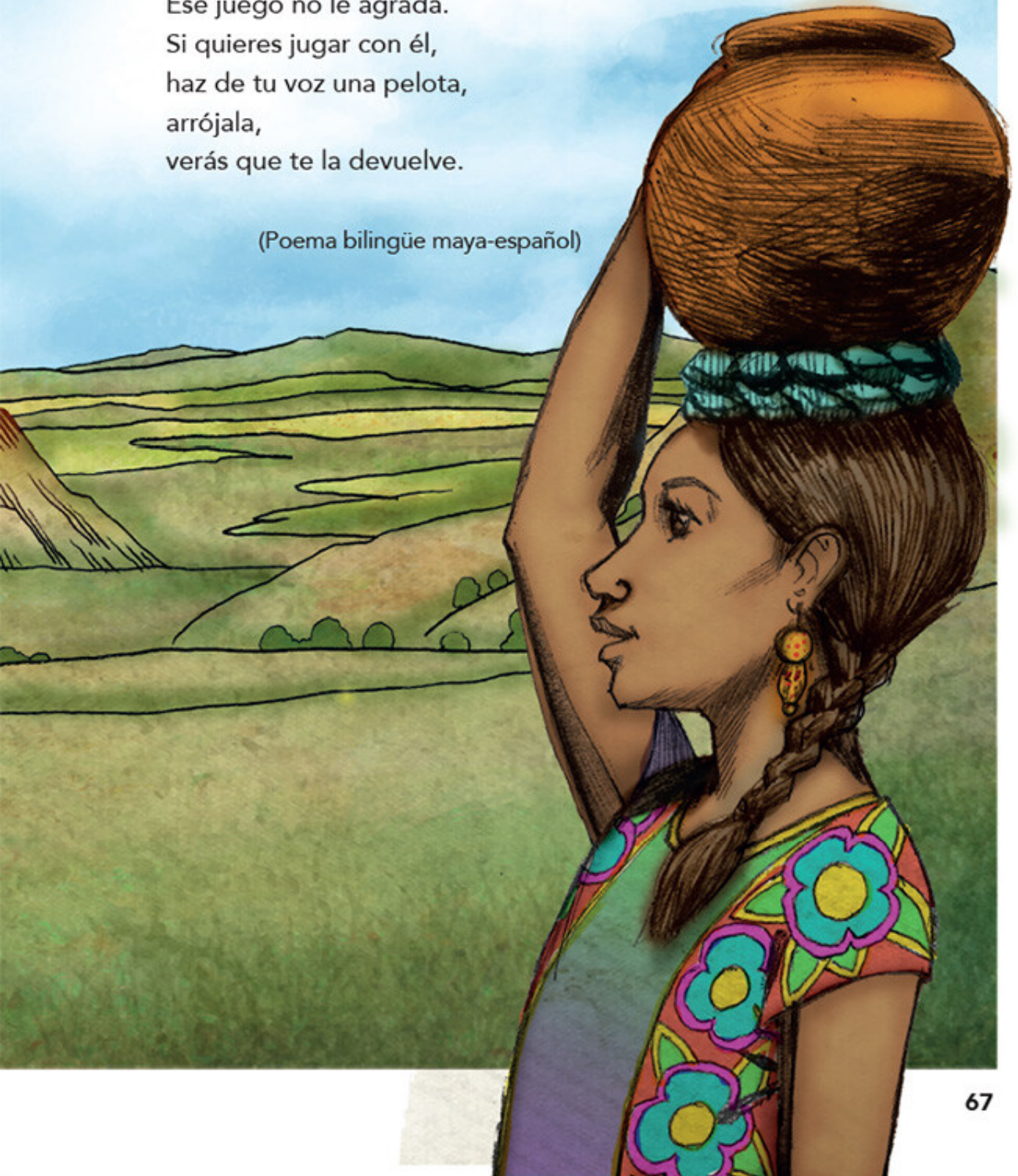


Pelota de voz

Briceida Cuevas Cob

Al pozo no le gusta que le tires piedras.
Lastimas su quietud.
Ese juego no le agrada.
Si quieres jugar con él,
haz de tu voz una pelota,
arrójala,
verás que te la devuelve.

(Poema bilingüe maya-español)



Lo útil y lo bello

Rubén Bonifaz Nuño

Una vez, en tiempos ya muy lejanos, dos familias de nuestros antepasados, mientras se paseaban por el campo, hallaron en él dos envoltorios.

Como todos eran parientes y amigos, cada una de las familias escogió en paz uno de ellos.

Cuando la primera familia abrió el envoltorio que le había tocado, encontró dentro de él una gran esmeralda. Arrobados, se quedaron mirándola, porque la esmeralda era clara y brillante como el agua en el sol, y en su interior parecían moverse muchas cosas bonitas, como árboles y pájaros y gente que se veía tranquila y dichosa; también se veían allí mares y ríos y cielos con nubes y luces de colores.

Cuando la otra familia abrió su envoltorio, halló en su interior solamente dos pedazos de palo; al principio se sintió desilusionada, y tuvo un poco de envidia del envoltorio de la otra.



Pero pronto aprendió que tallando uno con el otro los pedazos de palo, podía hacer brotar fuego, y con él, cocinar su comida y hacer cálidas hogueras alrededor de las cuales podían reunirse y sentarse a platicar y a contarse sus cosas, y ponerse así satisfechos de lo que tenían.

Cuando los del envoltorio de la esmeralda vieron cómo se alegraban los del envoltorio de los pedazos de palo, ellos también se reunieron alrededor de su piedra clara, y, atentos y callados, se sentaron alrededor de ella, como si platicaran y estuvieran todos de acuerdo, y también se contentaron y se conocieron mejor unos a los otros.

Dado que las dos familias eran de parientes y amigos, cuando la del envoltorio de la esmeralda quería calentarse y platicar, le pedía prestado el fuego a la del envoltorio de los dos palos, y cuando ésta quería callarse mirando algo muy bonito, le pedía prestada su esmeralda a la otra.

Así las dos familias fueron felices, disfrutando de lo que habían encontrado en los dos envoltorios.



DÉDALO E ÍCARO

Versión libre
del mito griego
de Ricardo Peláez

CUENTA LA MITOLOGÍA GRIEGA QUE DÉDALO –UN MARAVILLOSO ARQUITECTO Y ARTESANO– TENÍA COMO APRENDIZ A SU HIJO TALOS.

PERO AL VER EL SORPRELENTE TALENTO QUE EL JOVEN DEMOSTRABA PARA LA INGENIERÍA...



... LO CEGÓ LA ENVIDIA...

Y LO EMPUJÓ DESDE EL ALTO DE LA ACRÓPOLIS.



SIN EMBARGO, ATENEA, LA DIOSA GUERRERA DE LA CIENCIA Y LA SABIDURÍA, EVITÓ LA MUERTE DEL MUCHACHO CONVIRTIÉNDOLO EN PERDIZ.



COMO CASTIGO, DÉDALO FUE DESTERRADO A CRETA.



AHÍ, EL REY MINOS ESTUVO MUY COMPLACIDO DE RECIBIR A TAN TALENOSO INVENTOR.



EN LA ISLA DE CRETA DÉDALO VIVIÓ FELIZ POR VARIOS AÑOS. CONOCIÓ A NAUCRATE CON QUIEN SE CASÓ Y PROCREÓ A SU HIJO ÍCARO.



AÑOS DESPUÉS, OCURRIÓ UNA DESGRACIA QUE CAMBIÓ LA SUERTE DE DÉDALO: LLEGÓ A LA ISLA ASTERIO EL TERRIBLE MINOTAURO.



SE TRATABA DE UNA VORAZ CRIATURA CON CUERPO DE HOMBRE Y CABEZA DE TORO QUE ATERRORIZABA A LA POBLACIÓN DE LA ISLA.

UN CONSEJERO DEL REY MINOS, QUE ODIABA A DÉDALO, LE DIJO QUE ÉL ERA RESPONSABLE DE LA LLEGADA DE LA BESTIA.



¿ASÍ QUE DÉDALO ES QUIEN HA TRAÍDO AL MINOTAURO?

¡MALDITA SEA!
¡TRAÍGANLO ANTE MÍ!







DEBES EVITAR VOLAR DEMASIADO ALTO, PUES EL CALOR DEL SOL PODRÍA DERRETIR LA CERA CON LA QUE ESTÁN PEGADAS LAS PLUMAS.

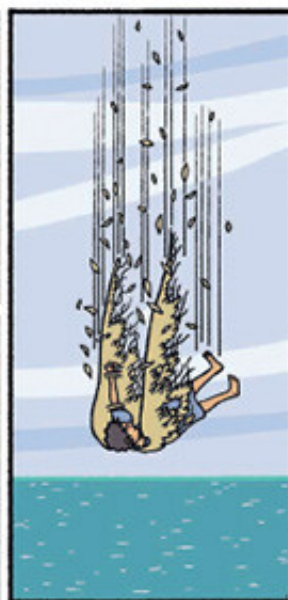
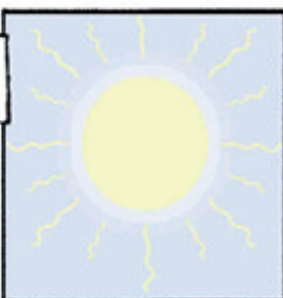
TAMPOCO DEMASIADO BAJO, PUES SI LAS PLUMAS SE MOJAN PESARÍAN DEMASIADO Y CAERÍAS.



DE ESTE MODO, PADRE E HIJO VOLARON POR ENCIMA DEL LABERINTO.



TANTO FUE EL REGOCIO DE ÍCARO AL SENTIR QUE VOLABA...



...QUE OLVIDÓ LA ADVERTENCIA DE SU PADRE.



DÉDALO RECUPERÓ EL CUERPO SIN VIDA DE SU HIJO.



LO LLEVÓ A UNA ISLA QUE DESDE ENTONCES LLEVA EL NOMBRE DE ICARIA.



Canto de primavera

Nezahualcóyotl

En la casa de las pinturas
comienza a cantar,
ensaya el canto,
derrama flores,
alegra el canto.

Resuena el canto,
los cascabeles se hacen oír,
a ellos responden
nuestras sonajas floridas.
Derrama flores,
alegra el canto.





Sobre las flores canta
el hermoso faisán,
su canto despliega
en el interior de las aguas.
A él responden
variados pájaros rojos.
El hermoso pájaro rojo
bellamente canta.



Libro de pinturas es tu corazón,
has venido a cantar,
haces resonar tus tambores,
tú eres el cantor.
En el interior de la casa de la primavera
alegras a las gentes.



Tú sólo repartes
flores que embriagan,
flores preciosas.

Tú eres el cantor.
En el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.



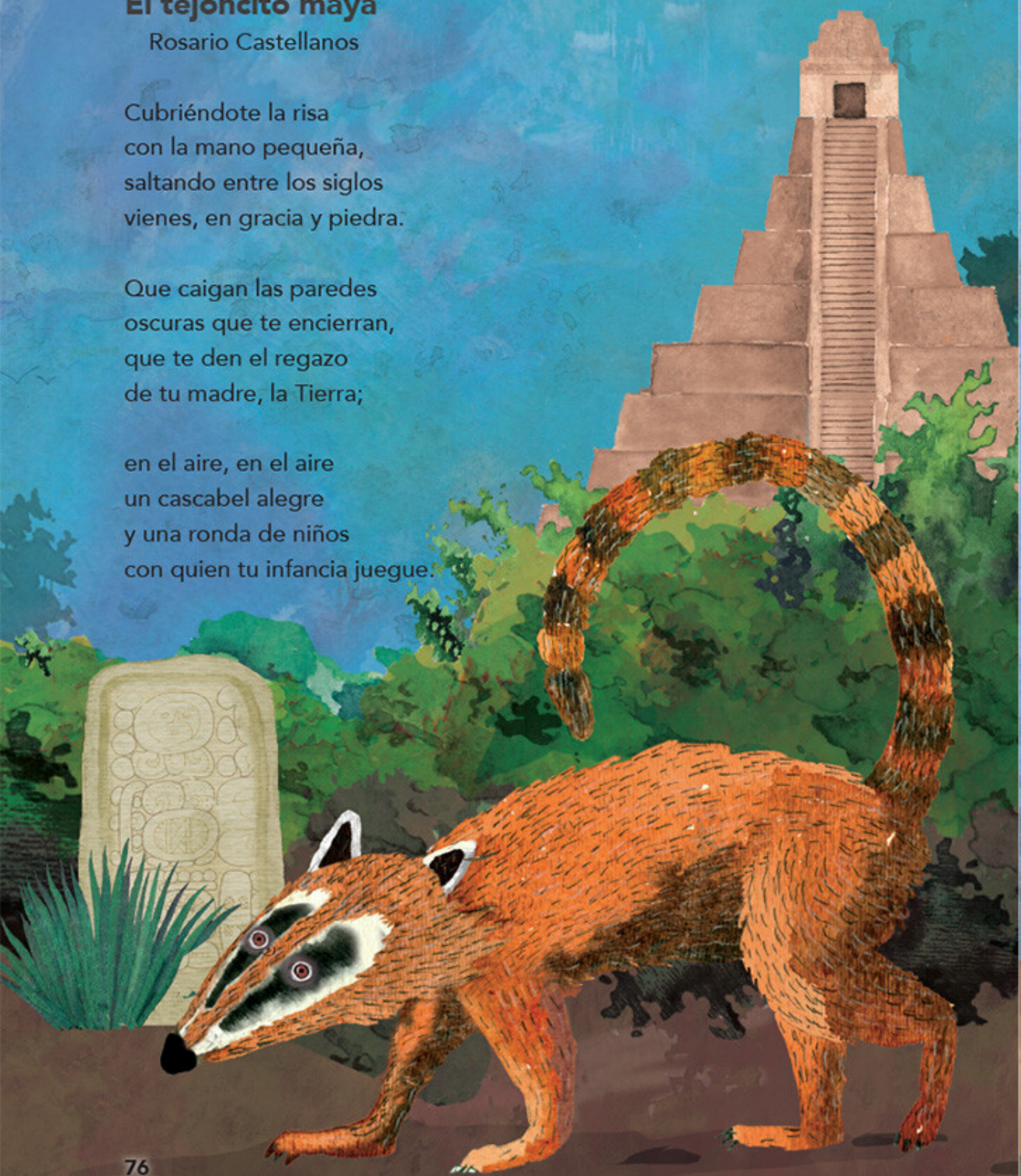
El tejoncito maya

Rosario Castellanos

Cubriéndote la risa
con la mano pequeña,
saltando entre los siglos
vienes, en gracia y piedra.

Que caigan las paredes
oscuras que te encierran,
que te den el regazo
de tu madre, la Tierra;

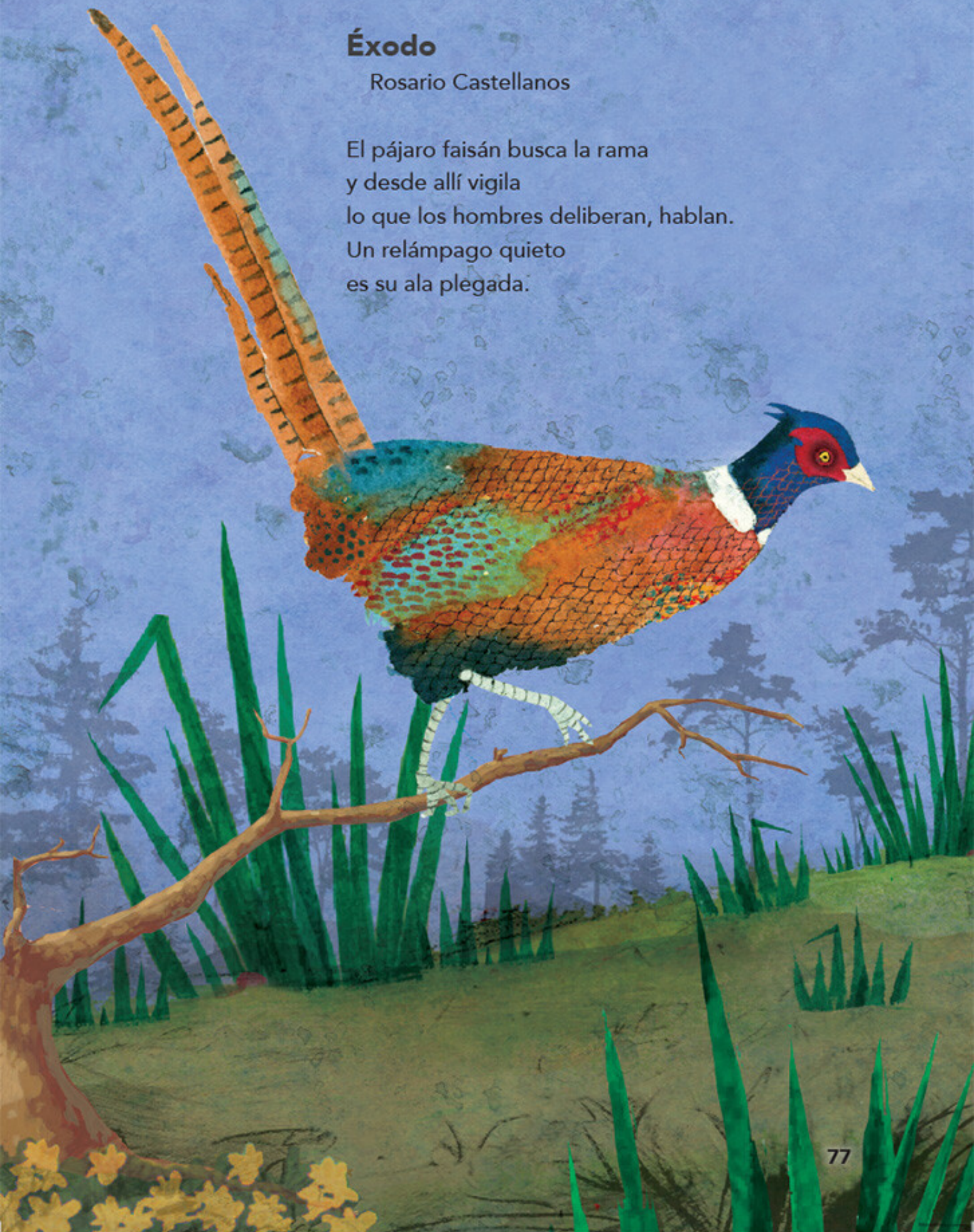
en el aire, en el aire
un cascabel alegre
y una ronda de niños
con quien tu infancia juegue.



Éxodo

Rosario Castellanos

El pájaro faisán busca la rama
y desde allí vigila
lo que los hombres deliberan, hablan.
Un relámpago quieto
es su ala plegada.



El gigante egoísta

Oscar Wilde

Todas las tardes, al volver del colegio, los niños acostumbraban ir a jugar al jardín del gigante.

Era un hermoso jardín solitario con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allá lindas flores sobre el suelo, y había doce duraznales que, en primavera, se cubrían de flores, y que en otoño daban hermosos frutos.

Los pájaros, posados sobre sus ramas, decían en su canto:

—¡Qué felices somos aquí, qué felices!

Un día el gigante volvió. Había ido a visitar a su amigo el ogro, en donde había pasado siete años. Durante ese tiempo el gigante dijo a su amigo todo lo que tenía que decir, y decidió regresar a su castillo. Al llegar vio a los niños que jugaban en su jardín.

—¿Pero qué hacen ustedes aquí? —les gritó con mucho coraje. Y los niños huyeron asustados.

A la mañana siguiente, cuando los niños iban a la escuela, vieron el jardín cercado con una pared altísima. Un cartelón decía:



La persona que entre
sin permiso
será castigada
severamente

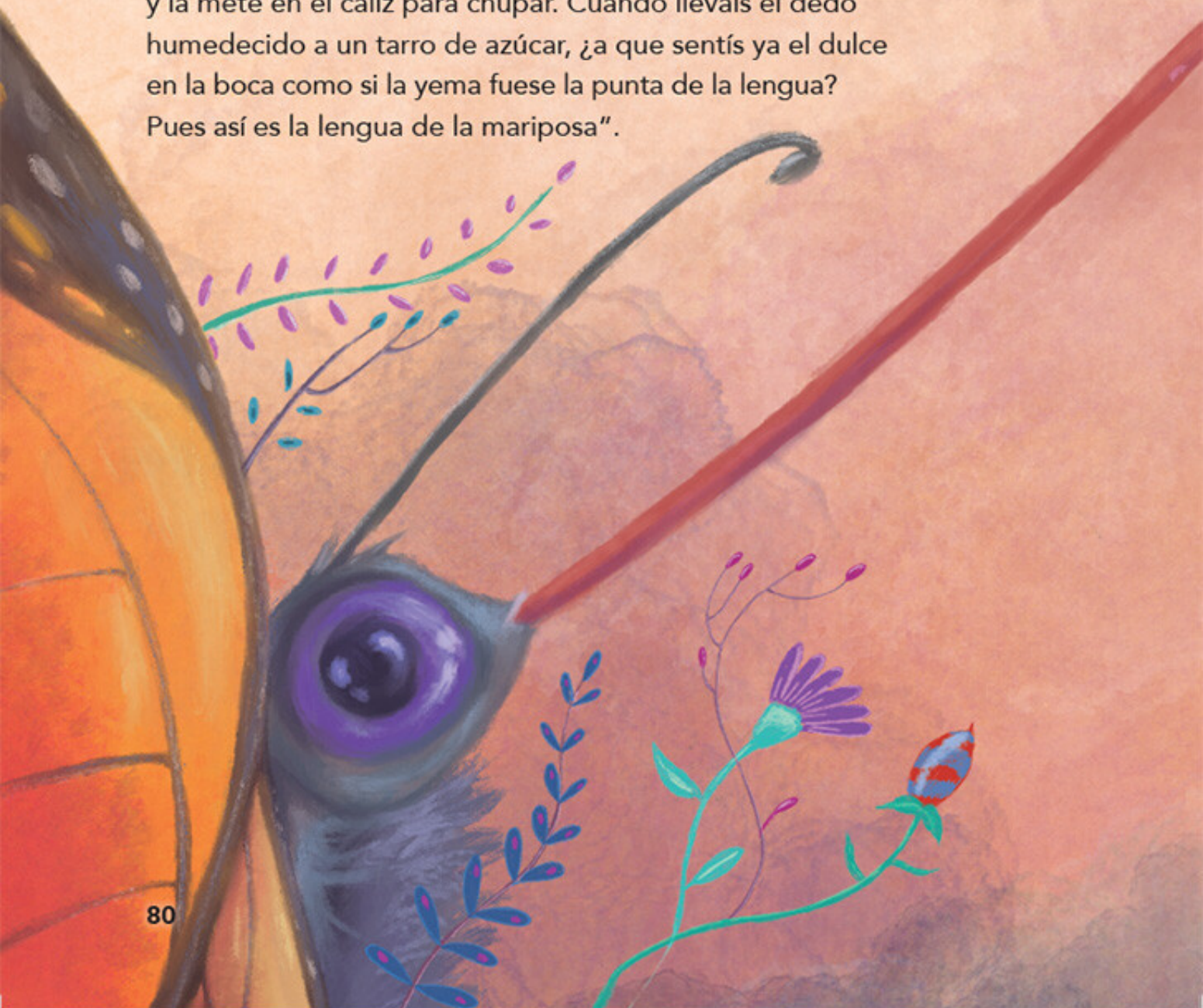


La lengua de las mariposas

Manuel Rivas

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviaran un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes.

“La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un **muelle** de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar, ¿a que sentís ya el dulce en la boca como si la yema fuese la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa”.





Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Qué maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñajo, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre.

“¡Ya verás cuando vayas a la escuela!”.

Xjiplajet li toketike

Ruperta Bautista

Xjiplajet li toketike,
xchajajet yu'un nichimal on'tonal.
Yaxal ya'lel sat vinajel xchajajet,
xchajetel k'ak'altikal o'.
Sututel li ik'e,
slajlun sxaya yon'ton ts'unun,
ch-och te xojobal ikliman.



Cuelgan las nubes

Ruperta Bautista

Cuelgan las nubes,
chispean alegría.
Llueve la lluvia celeste,
llueve gotas de sol.
Gotea el corazón del colibrí
cruza la aureola del amanecer.

(Poema bilingüe tsotsil-español)



Concurso de viejos

Eduardo Galeano

Hace algunos milenios, año más, año menos, el jaguar, el perro y el coyote estaban compitiendo. ¿Quién era el viejo más viejo? El más viejo iba a recibir, en premio, la primera comida que encontraran.

Desde la colina, un carro, destartalado, avanzaba tambaleando, cuando de él cayó una bolsa llena de tortillas de maíz.

¿Quién merecía ese tesoro?

¿Cuál era el viejo más viejo? El jaguar dijo que él había visto el primer amanecer del mundo. El perro dijo que él era el único sobreviviente del diluvio universal. El coyote no dijo nada, porque tenía la boca llena.

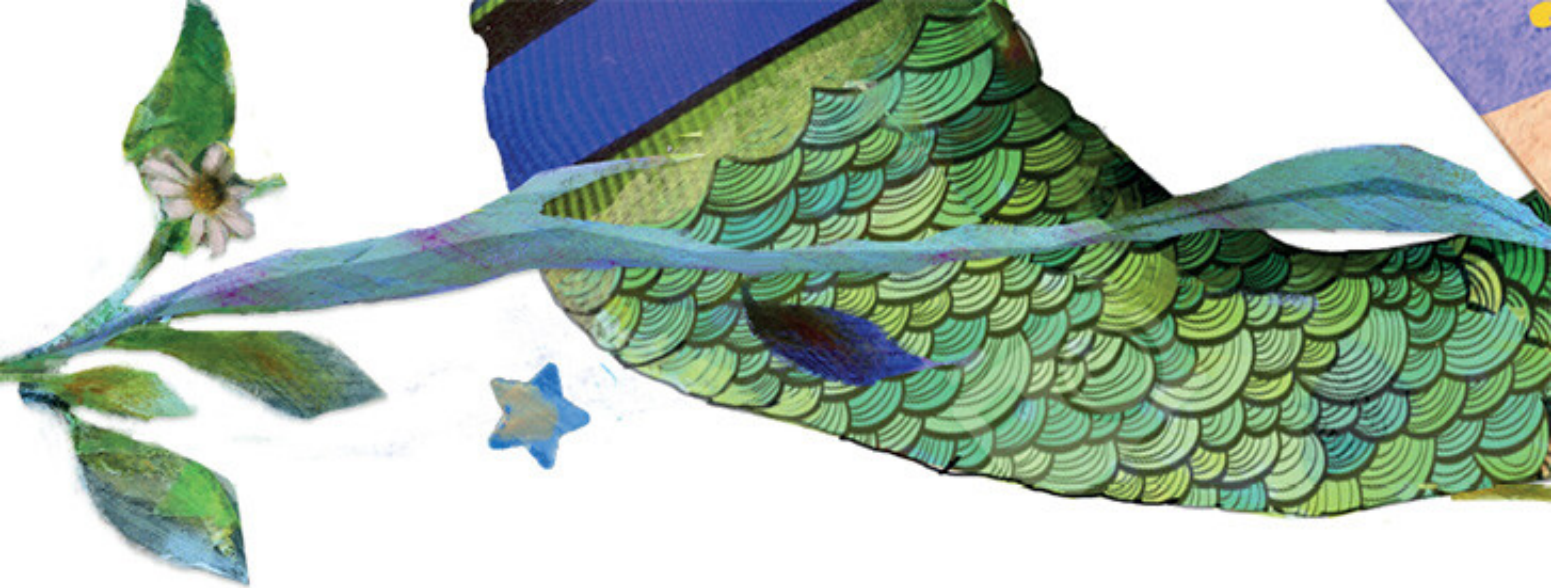


Todo queda en casa

Alice Munro

Me interesé muy pronto por la lectura gracias a un cuento, *La sirenita*, de Hans Christian Andersen, que alguien me leyó. No sé si se acordará usted de *La sirenita*, pero es un cuento muy triste. La sirenita se enamora del príncipe, pero no puede casarse con él porque ella es una sirena. ¡Era tan triste...! No recuerdo los detalles.





Pero en cualquier caso, en cuanto terminó el cuento salí fuera y estuve dando vueltas y vueltas alrededor de la casa donde vivíamos, una casa de ladrillo, e inventé un cuento con un final feliz, porque pensaba que la sirenita tenía derecho a ser feliz; me inventé un cuento distinto sólo para mí, que no recorrería el mundo, pero pensé que lo había hecho lo mejor que pude; la sirenita se casaría con el príncipe y viviría feliz para siempre, lo que ciertamente se merecía, puesto que había hecho cosas terribles para ganarse la voluntad del príncipe.





Había tenido que transformarse hasta conseguir unas piernas como las que tiene la gente corriente y caminar, ¡pero cada paso que daba era dolorosísimo! Estaba dispuesta a pasar por eso para conseguir al príncipe. Así que pensé que merecía algo más que morir en el agua. No me preocupó el hecho de que seguramente el resto del mundo no conocería el nuevo cuento, porque para mí era como si se hubiera publicado desde el primer momento en que pensé en ella. Así que ahí lo tiene. Fue un temprano inicio en la escritura.

Definir

Jorge Luis Borges

Lo esencial es indefinible. ¿Cómo definir el color amarillo, el amor, la patria, el sabor del café? ¿Cómo definir a una persona que queremos? No se puede.



¿Qué es la hierba?

Walt Whitman

Un niño me preguntó: *¿Qué es la hierba?*,
trayéndomela a manos llenas.
¿Cómo podría contestar al niño? Yo no sé más de lo
que sabía él.
O supongo que es un niño, el recién nacido de la
vegetación.



Mariposa

Coral Bracho

Como una moneda girando
bajo el hilo de sol
cruza la mariposa encendida
ante la flor de albahaca.



Variaciones de colores

Xavier Villaurrutia

Rojo y gris,
verde y rojo,
y amarillo el tapiz
y rojo tu sonrojo.

Es este cielo gris,
la calzada de un rojo
húmedo, hojas muertas,
amarillo el tapiz
y verdes las ramas alertas...

Tu corazón es rojo,
mi pensamiento gris,
amarillo el crepúsculo,
amarillo el tapiz.



Pinocho

Carlo Collodi



Geppetto, de vuelta a casa, comienza a fabricarse en seguida el muñeco y le pone el nombre de Pinocho. Primeras travesuras del muñeco.

La casa de Geppetto era una planta baja y constaba de una sola habitación que recibía la luz a través de una **claraboya**. El mobiliario no podía ser más sencillo: una silla en mal estado, una cama no muy buena y una mesita desvencijada. En la pared del fondo se veía una chimenea con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado, y al lado del fuego también estaba pintado un **puchero** que hervía alegremente y desprendía una nube de humo que parecía humo verdadero.

Apenas hubo entrado en casa, Geppetto tomó en seguida las herramientas y se puso a esculpir y a fabricar su muñeco.



“¿Qué nombre le pondré? —se preguntó—. Le voy a llamar Pinocho. Este nombre le traerá suerte. He conocido a una familia entera de Pinochos: Pinocho el padre, Pinocha la madre y Pinochos los chicos, y todos ellos se lo pasaban muy bien. El más rico de ellos pedía limosna”.

Cuando hubo encontrado nombre para su muñeco, entonces comenzó a trabajar con **ahínco**, y en seguida le hizo los cabellos, luego la frente y después los ojos.

Hechos los ojos, figuraos su asombro cuando se dio cuenta de que los ojos se movían y lo miraban fijamente.

Geppetto, viéndose mirar por aquellos dos ojos de madera, casi se lo tomó a mal, y dijo con acento enojado:

—Ojazos de madera, ¿por qué me miráis?

Nadie respondió.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero la nariz, una vez terminada, comenzó a crecer; y creció, y creció, y creció convirtiéndose en pocos minutos en una narizota que no acababa nunca.



El pobre Geppetto se esforzaba en recortársela, pero, cuanto más la recortaba y achicaba, más larga se volvía aquella impertinente nariz.

Después de la nariz le hizo la boca. No había terminado aún la boca cuando comenzó a reír y a hacerle burlas.

—¡Deja de reír! —dijo Geppetto; resentido; pero fue como hablarle a una pared.

—¡Deja de reír, te repito! —gritó con voz amenazadora.

Entonces la boca cesó de reír, pero sacó la lengua.

Geppetto, a fin de no echar a perder su obra, fingió no darse cuenta de ello y continuó trabajando.

Después de la boca le hizo la barbilla, luego el cuello, los hombros, el vientre, los brazos y las manos. Apenas hubo terminado las manos, Geppetto sintió que le quitaban la peluca de la cabeza. Se dio la vuelta y ¿qué es lo que vio? Vio su peluca amarilla en manos del muñeco.

—¡Pinocho..., devuélveme en seguida la peluca!



Y Pinocho, en vez de devolverle la peluca, se la puso él mismo en la cabeza, quedando bajo ella medio ahogado.

Ante aquella gracia insolente y burlona, Geppetto se puso triste y melancólico como nunca había estado en su vida.

Y volviéndose en dirección a Pinocho le dijo:

—¡Granuja de chiquillo! Aún no te he acabado de hacer y ya le estás faltando al respeto a tu padre. ¡Mal está, muchachito mío, mal está!

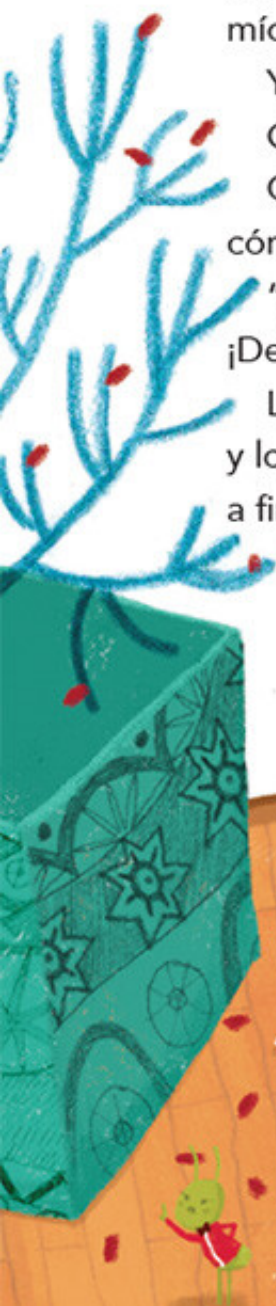
Y se secó una lágrima.

Quedaban todavía por hacer las piernas y los pies.

Cuando Geppetto acabó de hacerle los pies, sintió cómo le daban una patada en la punta de la nariz.

“¡Me lo tengo merecido! —dijo entonces para sí—. ¡Debí haberlo pensado antes! ¡Pero ya es tarde!”.

Luego cogió al muñeco por debajo de los brazos y lo posó en el suelo, sobre el pavimento de la habitación, a fin de hacerlo andar.



El alma de los pulpos

Sy Montgomery

No sabía gran cosa de los pulpos, pero lo poco que sabía me intrigaba: es un animal que tiene veneno, como una serpiente, pico, como un loro, y tinta, como una pluma estilográfica. Puede pesar tanto como un hombre y ser tan largo como un coche, y sin embargo es capaz de introducir su ancho e invertebrado cuerpo por una abertura del tamaño de una naranja. Puede cambiar de color y de forma. Puede percibir el sabor de algo con la piel. Y, lo más fascinante de todo: había leído que los pulpos son inteligentes. Esto confirmaba la escasa experiencia que yo ya tenía: al igual que muchas personas que van a ver pulpos en acuarios públicos, a menudo he tenido la sensación de que el pulpo al que estaba observando también me observaba a mí, con un interés tan vivo como el mío.



Tienen los apéndices cubiertos de diestras ventosas prensiles, una estructura que no tiene equivalente en ningún mamífero.

Y los pulpos no sólo se encuentran al otro lado de la gran división que separa a las criaturas vertebradas, como mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces, de todas las demás; dentro de los invertebrados, se clasifican como moluscos, igual que las babosas, los caracoles y las almejas, unos animales que no son lo que se dice famosos por su intelecto. Las almejas ni siquiera tienen cerebro.

Hace más de quinientos millones de años, la familia de la que descienden los pulpos y la de los humanos se separaron. ¿Sería posible, me preguntaba, comunicarse con un cerebro situado al otro lado de aquella división?



Frankenstein

Mary W. Shelley

Una inquieta noche de noviembre llegó el fin de mis esfuerzos. Con una ansiedad mucho más cercana a la agonía, coloqué los instrumentos que permitirían darle vida a la cosa que yacía a mis pies. Era ya la una de la madrugada, la lluvia golpeaba las ventanas sombríamente y la vela casi se había consumido, cuando, a la **mortecina** luz de la llama, vi cómo la criatura abría lentamente sus ojos amarillentos y apagados. Respiró con profundidad y una especie de convulsión sacudió su cuerpo.



No tengo palabras para describir esa terrible sensación para definir la catástrofe: el **engendro** que con tanto esfuerzo e infinito trabajo había creado. Tanto brazos como piernas estaban bien proporcionados y sus rasgos yo los había escogido por ser hermosos. ¡Hermosos! ¡Dios mío! Su piel amarillenta con trabajos ocultaba el entramado de músculos y arterias; tenía el pelo negro, largo y lustroso, los dientes blanquísimos; pero todo ello no hacía más que resaltar el horrible contraste con sus ojos acuosos, que parecían casi del mismo color que las pálidas órbitas en las que se hundían, el rostro arrugado, y los finos y negruzcos labios.



Durante casi dos años había trabajado sin detenerme con el único propósito de infundir vida en un cuerpo inerte. Para ello, me había privado de descanso y de salud. Lo había deseado con gran fervor que me sobrepasaba; pero ahora que lo había conseguido, la hermosura del sueño se desvanecía y la repugnancia y el horror me embargaban. Incapaz de soportar la visión del ser que había creado, salí precipitadamente de la estancia. Ya en mi dormitorio, paseé por la habitación sin lograr conciliar el sueño.



Gotas

Ida Vitale

¿Se hieren y se funden?

Acaban de dejar de ser la lluvia.

Traviesas en recreo,
gatitos de un reino transparente,
corren libres por vidrios y barandas,
umbrales de su limbo,
se siguen, se persiguen,
quizá van, de soledad a bodas,
a fundirse y amarse.

Trasueñan otra muerte.



Tatapachichi

Anónimo

Tatapachichi oyeya pan milli omocehuitaya ihuan nacaztatapa ipan otentzicuín quilhuía:

—Ha! Pilalactli, nopan yotitentzicuín. Huan onahuat:

—Ya! Tle tiquitohua? Ye tihuehuentzin?

Quitohua: —Ye nihuehuentzin.

—Tía melahuac ye tihuehuentzin, quezquipa yotiquitac no cuatopilitotilo huan no tlemoyototoco? Huan tehuatl, quezquipa yotiquitac?

—Nehuatl chicocpa, huan tehuatl quimach titlacati huan niman ye tihue huentzin. Otiquitac que yotimitztlan; amitla cualli



El saltamontes colorado

Anónimo

El saltamontes colorado estaba descansando en la sementera y el Saltamontes sordo cayó sobre él de un brinco, y dijo:

—¡Ay, muchacho, brincaste encima de mí!

Contestó: —¡Ea! ¿Qué dices? ¿Ya eres viejo?

Y respondióle: —Ya soy viejo.

—Si eres de veras viejo, di, ¿cuántas veces has visto la danza del bielgo y también el corretear de las chispas?

— Y tú, ¿cuántas veces lo has visto?

—Yo, siete veces, y tú acaso acabas de nacer y ya te dices viejo. Ya ves que te he ganado, nada puedes decir de lo que te pregunto. Se despidió el saltamontes sordo, voló y se fue.

(Relato tradicional náhuatl-español)



El oro

Francesco Petrarca

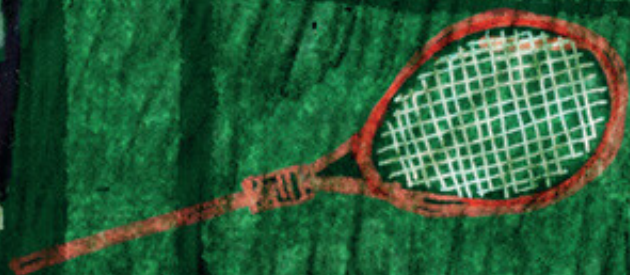
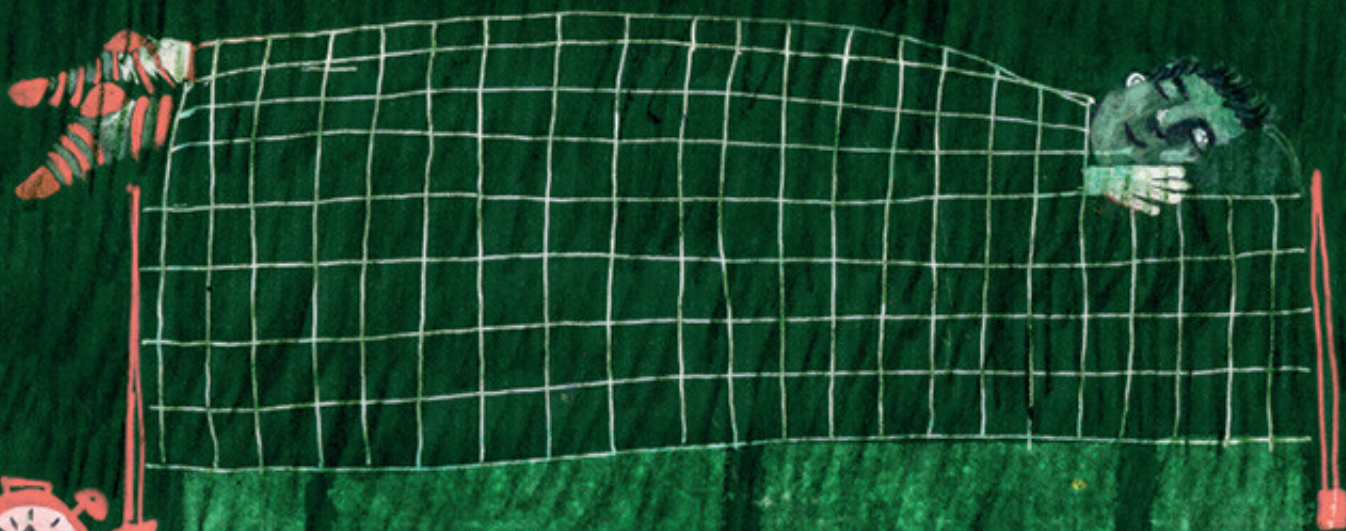
El oro y perlas y el floral tocado
que ajar debió el invierno riguroso,
son púas cuyo extremo ponzoñoso
se me clava en el pecho y el costado.



Rayo de luna

Elías Nandino

La luna que traspasa mi ventana
en el piso del cuarto se restira
y rebota en el muro que la mira
con sollozos de tenue *filigrana*.



Las cuatro faldas

Günter Grass

Mi abuela, en efecto, llevaba no una falda, sino cuatro, una encima de la otra. Y no es que llevara una falda y tres enaguas, no, sino que llevaba cuatro verdaderas faldas: una falda llevaba a la otra, pero ella llevaba las cuatro juntas conforme a un sistema que cada día las iba alternando por orden.

La que ayer quedara arriba, venía a quedar hoy inmediatamente debajo; la que ayer fuera segunda era hoy tercera falda, y la tercera de ayer quedaba hoy junto a la piel. La falda que ayer le quedaba pegada al cuerpo exhibía hoy públicamente su muestra, es decir, ninguna; porque las faldas de mi abuela optaban todas por el mismo color papa. Es de suponer que este color le quedaba bien.



Los pingüinos de Magallanes

Tom Michell

El pingüino de Magallanes, *Spheniscus magellanicus*, se encuentra por todas las costas **meridionales** de América del Sur. Su altura oscila entre los cuarenta y cinco y los sesenta centímetros y su peso, entre los tres y los seis kilos, aunque lo que pese en un momento dado depende mucho de cuándo y cuánto ha comido la última vez. Tiene el lomo y la cara negros, y el pecho blanco, adornado en el borde superior por una "u" al revés de color negro.



No son **gráciles** fuera del agua. Parece que tienen el cuerpo demasiado largo y las patas demasiado cortas. Sus hombros, o escápulas, son bastante bajos, y los huesos de sus alas, extraordinariamente planos y finos, les dan el perfil de un búmeran. La postura natural de un pingüino es con las rodillas dobladas y el cuello en forma de ese, aunque llama la atención hasta qué punto son capaces de cambiar de forma. Al agacharse se vuelven casi redondos, postura que ayuda a conservar el calor. También pueden erguirse, en cuyo caso presentan un aspecto muy esbelto, alto y elegante.



Canción tonta

Federico García Lorca

Mamá,
yo quiero ser de plata.
—Hijo,
tendrás mucho frío.
—Mamá,
yo quiero ser de agua.
—Hijo,
tendrás mucho frío.
—Mamá,
bórdarme en tu almohada.
—¡Eso sí!
¡Ahora mismo!



A mi primer nieto

Miguel de Unamuno

La media luna es una cuna.
¿Y quién la **briza**?
Y el niño de la media luna,
¿qué sueños riza?

La media luna es una cuna.
¿Y quién la mece?
Y el niño de la media luna,
¿para quién crece?

La media luna es una cuna,
va a la luna nueva.
Y al niño de la media luna,
¿quién me lo lleva?



Hansel y Gretel

Anónimo

Escenografía: la obra sucede a la orilla del bosque y dentro de él. En el interior de la casita de dulce, donde vive la bruja.

Personajes: narrador, leñador, mamá, Hansel, Gretel y la bruja.

Primera escena

(Casa del bosque.)

NARRADOR: Hubo una vez, en el bosque, un leñador y su mujer, que estaban preocupados porque no podían dar de comer a sus dos hijos, Hansel y Gretel. Eran muy pobres y, aunque trabajaban mucho, no lograban sacar lo suficiente. Una noche, Gretel escuchó sin querer una conversación de sus papás.

LEÑADOR: Vamos a llevar a los niños al bosque.

MAMÁ: (Preocupada.) ¿Ya lo pensaste bien?

LEÑADOR: (Seguro.) Sí, alguien los encontrará, no te preocupes; y los tratará bien. Comerán lo que nosotros no podemos darles.

NARRADOR: Al amanecer, los padres de los niños dieron un pan a cada uno y tomaron el camino del bosque.





(En el bosque.)

HANSEL: (*Susurra a su hermana.*) Gretel, no te comas el pan.

Yo voy a ir tirando migajas por el camino. Guárdalo por si nos da hambre.

GRETTEL: (*Asustada.*) Quieren deshacerse de nosotros, los escuché anoche.

HANSEL: Regresaremos y les ayudaremos, no tengas miedo.

NARRADOR: Después de mucho caminar, todos se veían cansados.

MAMÁ: Descansen un poco, mientras su papá y yo vamos a buscar leña.

LEÑADOR: No tardamos. Cuídense mucho. Los queremos mucho.

NARRADOR: Gretel comenzó a llorar. Estaba atemorizada porque comenzaba a hacerse de noche.

GRETTEL: (*Asustada.*) Hansel, ¿ves?, nos han dejado aquí.

Y estamos perdidos. Yo los escuché. No pueden alimentarnos. Sufren mucho.

HANSEL: No, no estamos perdidos. Hice un caminito con las migajas del pan. No tenemos más que ir reuniéndolas de regreso a la casa. Los ayudaremos de alguna manera.

Buscaremos trabajo. Ya veremos, no te preocupes.

GRETTEL: (*Insiste.*) Pero ya no se ve bien, está oscuro.



HANSEL: Espera que salga la luna. *(Los niños se sientan a esperar.)*

NARRADOR: Cuando salió la luna, no encontraron ninguna migaja. Se las habían comido los gorriones y los jilgueros. Estaban perdidos, solos y con hambre.

GRETEL: *(Sollozando.)* Tengo miedo, Hansel, y hambre.

NARRADOR: De pronto, vieron a un pájaro volando cerca de ellos. No supieron de dónde salió, pero parecía que los invitaba a seguirlo.

HANSEL: Mira, parece que quiere decirnos algo. Vamos tras él.

NARRADOR: Algo extraño sucedió. En plena noche, llegaron a un claro en el bosque donde era de día. Allí descubrieron una casa hecha de galletas, dulces y mazapán. El pájaro se posó en el techo.

GRETEL: *(Decidida.)* Vamos a comer algo, me muero de hambre.

HANSEL: *(Comiendo.)* Humm, humm. Todo está delicioso. ¿Verdad?

NARRADOR: En ese momento, una viejita salió de la casa y los hizo pasar.

BRUJA: *(Fingiendo.)* Les voy a dar una comida riquísima, calentita. Pasen, pasen.



NARRADOR: Después de comer, los llevó a un cuarto donde había dos camas suaves.

GRETEL: Qué linda viejita, ¿verdad? Mi papá tenía razón, alguien nos ayudaría.

HANSEL: Es muy buena. Qué suerte.

NARRADOR: Pero la viejita era una bruja malvada, que quería engordarlos para comérselos. A la mañana siguiente los despertó, metió a Hansel en una jaula y puso a trabajar a Gretel.

BRUJA: Mira, Hansel, te voy a dar de comer bien, para que engordes, estás muy flaco.

HANSEL: (*Gritando.*) ¡Sáqueme de aquí! ¡Auxilio!

BRUJA: (*Riendo.*) Nadie te va a oír.

GRETEL: (*Suplicando.*) Abra la puerta, señora, por favor.

BRUJA: Tú, ponte a trabajar. Barre, limpia. Quiero todo ordenado y brillante.

NARRADOR: Todos los días, la bruja hacía que Hansel sacara su brazo para ver si ya había engordado.

BRUJA: A ver, saca el brazo, niño.

HANSEL: (*Engañándola.*) Estoy muy flaco, señora. Necesito comer más, tengo hambre.

NARRADOR: Hansel era muy inteligente, y en lugar de sacar el brazo, sacaba un hueso de pollo. Y así engañaba a la bruja.



Segunda escena

(Casa del bosque, donde los padres se lamentan por sus hijos.)

NARRADOR: Los padres de Hansel y Gretel no dejan de llorar. No son felices. Están decididos a regresar al bosque por ellos. Harán cualquier cosa por darles de comer.

LEÑADOR: *(Triste.)* No he podido dormir pensando en mis hijos. ¿Qué será de ellos? Vamos a buscarlos. Hemos cometido un error.

MAMÁ: *(Llorando.)* Voy por mi rebozo. Vamos al bosque de inmediato. Me muero por ellos. No importa que no comamos nosotros, pero ellos deben estar aquí, somos sus padres. Deben estar pensando en nosotros. ¡Qué vergüenza! ¡Cómo hemos podido abandonarlos!

NARRADOR: La esposa del leñador se pone su rebozo y él su sombrero, y salen de su casa.



Tercera escena

(Casa de la bruja.)

GRETTEL: Hansel, ¿podremos escapar?

HANSEL: Muy pronto, ya verás.

NARRADOR: No sabían que los planes de la bruja eran comerse a Hansel ese día.

BRUJA: (Ordenando.) Gretel, asómate al horno a ver si ya está caliente.

NARRADOR: Gretel supo que era una trampa para echarla al fuego, así que ella también la engañó.

GRETTEL: ¿Cómo? ¿Cómo debo asomarme? Enséñeme, por favor.

BRUJA: Así, tonta. Ve.

NARRADOR: Gretel aprovechó para empujarla, y la bruja cayó en el gran horno. Los niños se pusieron felices. Gretel sacó de la jaula a su hermano, y cuando abrieron la puerta y las ventanas, vieron en el piso muchas monedas de oro.



HANSEL: Gretel, usaremos tu delantal para poner allí algunas monedas.

GRETEL: Vámonos, vámonos pronto.

HANSEL: Mira, el ave blanca. Quiere decirnos algo. Sigámosla.

NARRADOR: El ave los guio a su casa, y encontraron en el camino a sus padres que se pusieron felices de verlos, pues no dejaban de llorar arrepentidos. Los extrañaban mucho.

HANSEL: *(Entregándoles las monedas de oro.)* No volveremos a sufrir de hambre, papá.

GRETEL: De ahora en adelante, estaremos muy unidos.

MAMÁ Y PAPÁ: *(Atropellándose con las palabras.)* ¡Cuéntennos qué pasó!

NARRADOR: Los cuatro se abrazaron y fueron felices.



Aforismos

Pensamiento que debe volver, volverá.

Juan Ramón Jiménez

Generalmente, los elefantes
se dibujan más pequeños que
al natural, pero una pulga
siempre más grande.

Jonathan Swift



Algunos deseos

David Huerta

Que abracés los árboles
y bebas el agua dulce
junto al amargo mar resplandeciente.

Que te inclines una vez más y siempre
sobre mi rostro
y que yo abra los ojos para verte.



La flor y la miel

Luis de Góngora

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.



La gallina

Jules Renard

En cuanto le abren la puerta, salta del gallinero con las patas juntas.

Es una gallina corriente, modestamente engalanada y que jamás pone huevos de oro.

Deslumbrada por la luz, titubeante, da unos pasos por el corral.

Lo primero que ve es el montón de cenizas en el que tiene por costumbre retozar cada mañana.

Se revuelca y se sumerge en él y, con un enérgico batir de alas, las plumas hinchadas, se sacude las pulgas de aquella noche.

Luego se acerca a beber del cuenco que la última lluvia llenó. Sólo bebe agua.

Bebe con breves tragos y yergue el cuello, manteniendo el equilibrio sobre el borde del cuenco.

A continuación busca su alimento esparcido por doquier.

A ella pertenecen las finas hierbas, los insectos y las semillas perdidas.

Infatigable, picotea una y otra vez.



De vez en cuando, se detiene.

Tiesa bajo su gorro **frigio**, ojo avizor, con su buche prominente, escucha con una y otra oreja.

Y, una vez que ha comprobado que no hay novedades, se lanza de nuevo a su búsqueda.

Alza muy alto sus patas rígidas, como los que padecen **gota**. Separa los dedos y los posa con precaución, sin hacer ruido.

Diríase que camina descalza.



El cuervo

Edgar Allan Poe

De vuelta en mi estancia, inquieto;
dentro, mi alma casi hirviendo.

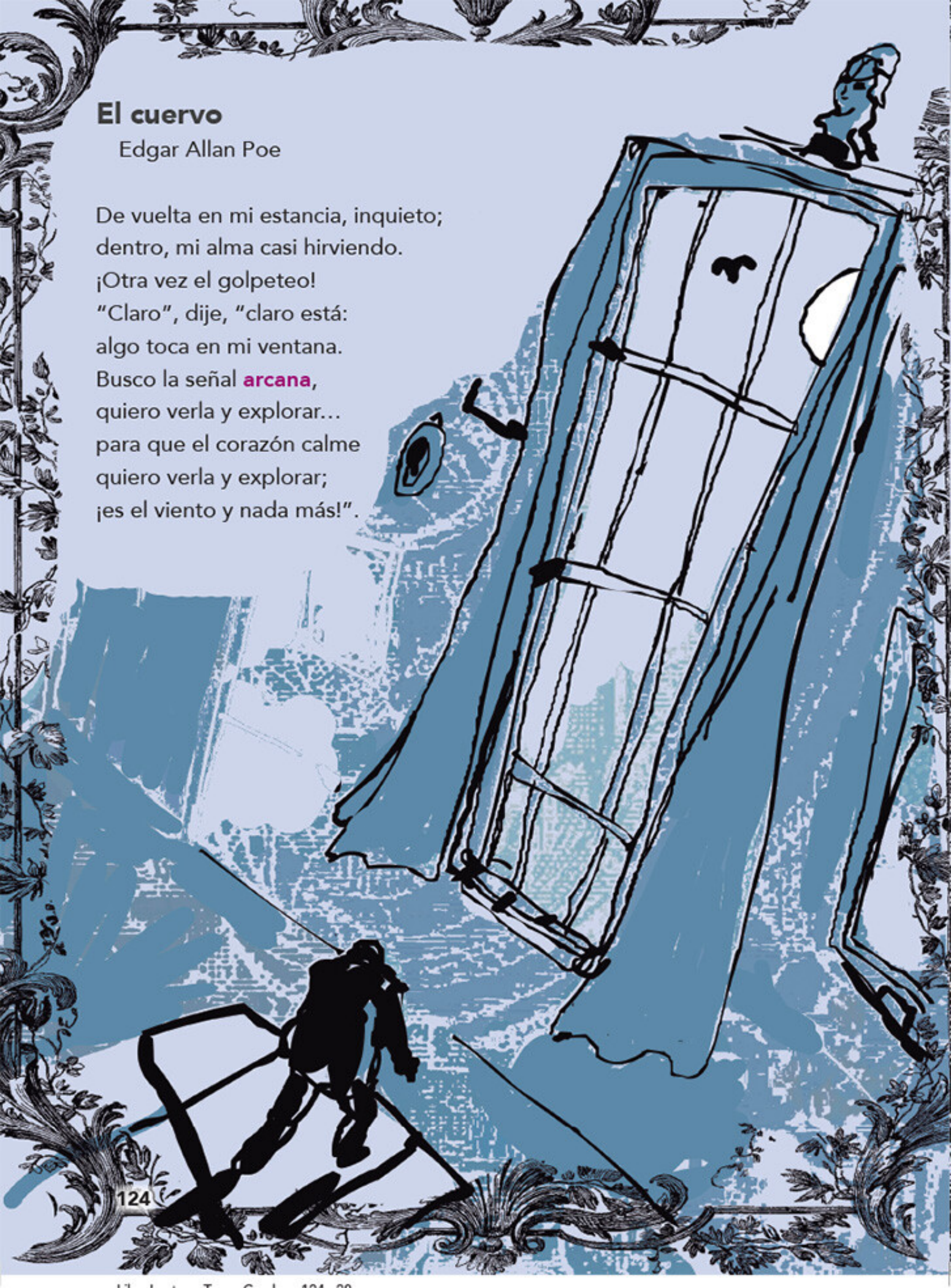
¡Otra vez el golpeteo!

“Claro”, dije, “claro está:
algo toca en mi ventana.

Busco la señal **arcana**,
quiero verla y explorar...

para que el corazón calme
quiero verla y explorar;

¡es el viento y nada más!”.



La ventana abrí, y volando
fuerte llegó revoloteando,
imponente entró ese cuervo
como un ave de otra era.
No mostró mayor respeto,
ni un instante quedó quieto
y con aires de realeza
en mi puerta se postró
sobre un busto de Palas
en el dintel se posó,
se sentó y nada más.



Pétalo de magnolia

Isabel Fraire

Como un inmenso pétalo de
magnolia
se despliega la luz de la mañana

no hay casas no hay pájaros
no hay bosques

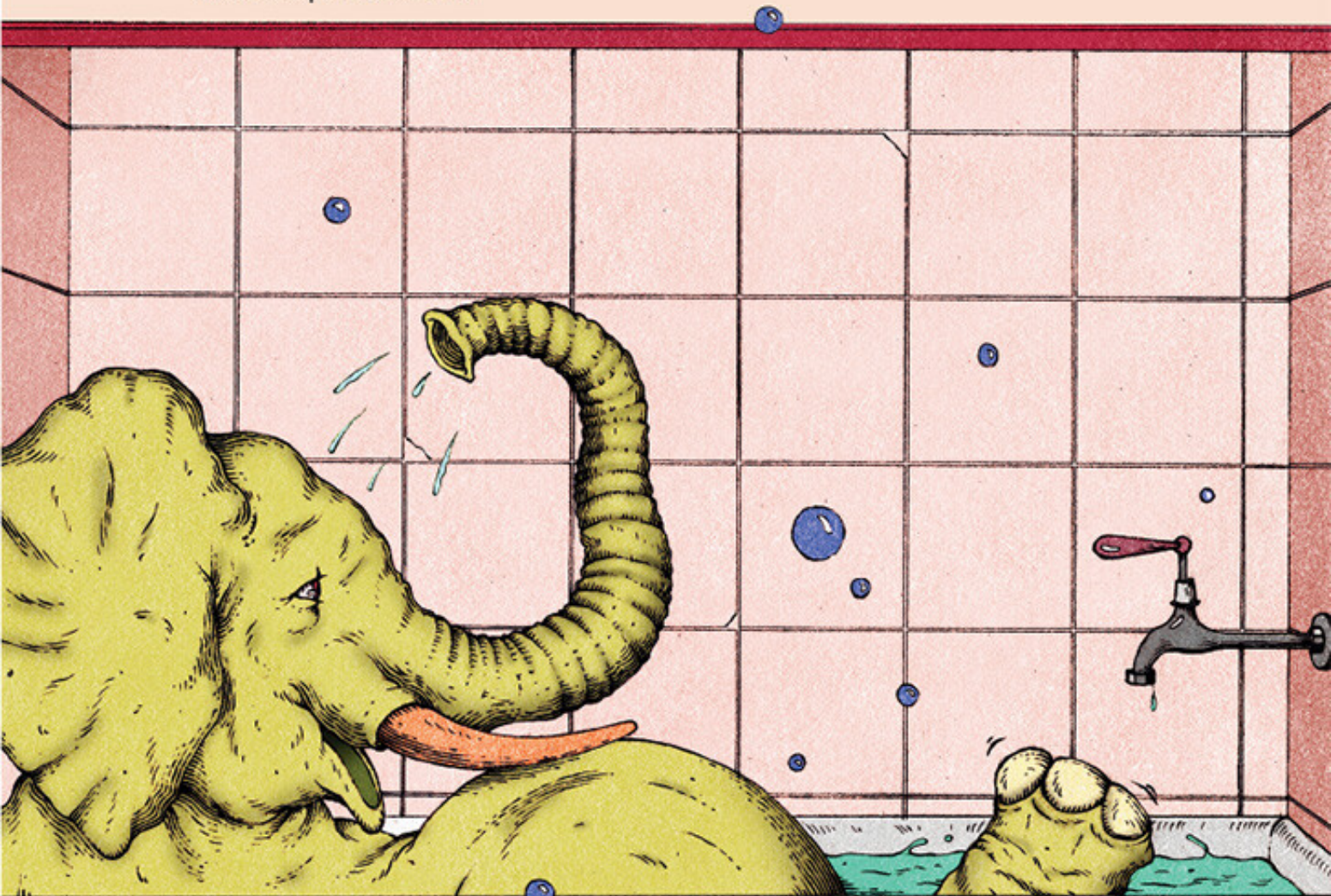
el mundo
ha quedado vacío
hay solamente luz



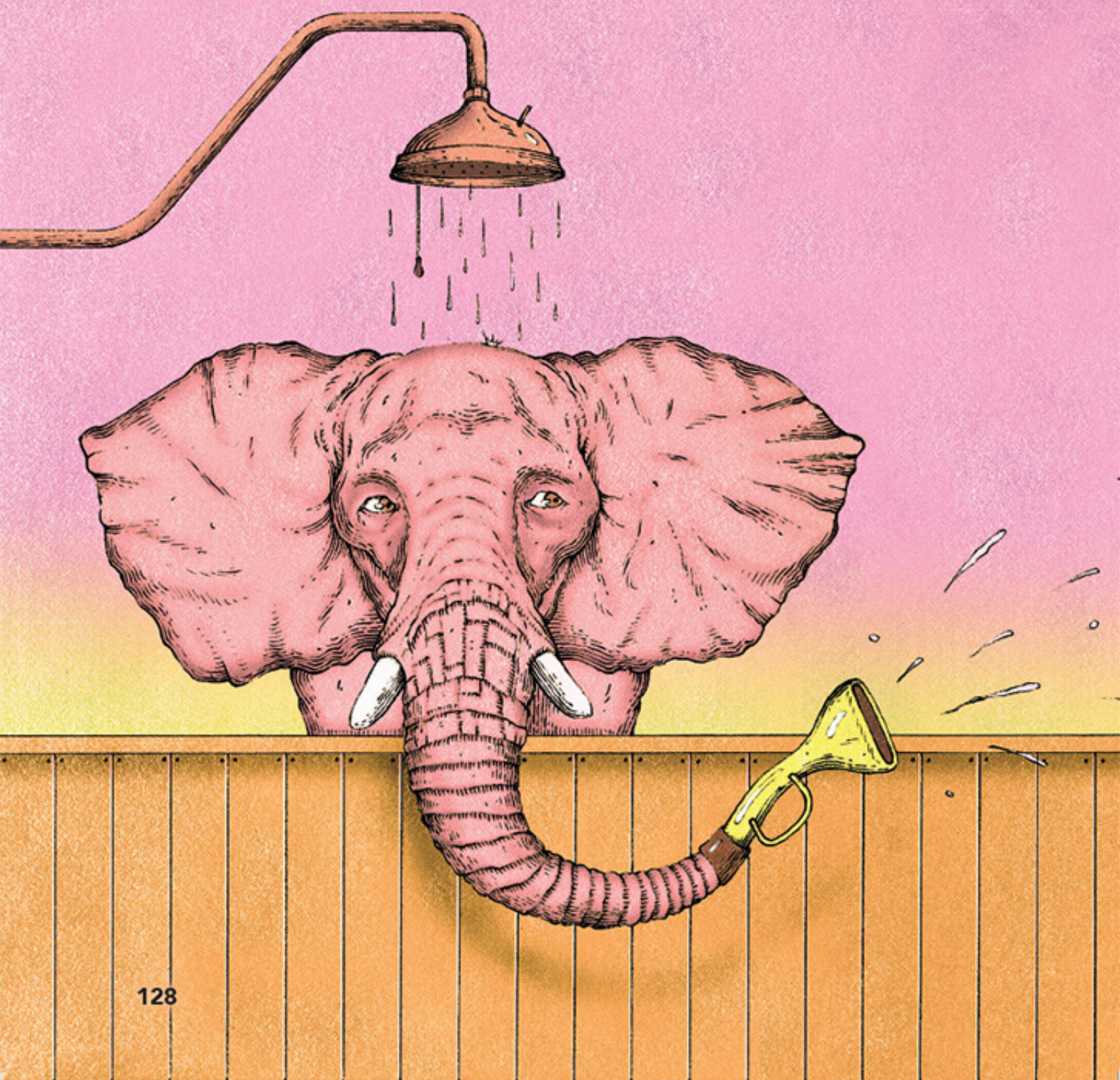
Elefantes

José Martí

La trompa es lo que más cuida de todo su cuerpo recio el elefante, porque con ella come y bebe, y acaricia y respira, y se quita de encima los animales que le estorban, y se baña. Cuando nada ¡y muy bien que nadan los elefantes! no se le ve el cuerpo, porque está en el agua todo, sino la punta de la trompa, con los dos agujeros en que acaban las dos canales que atraviesan la trompa a lo largo, y llegan por arriba a la misma nariz, que tiene como dos tapaderas, que abre y cierra según quiera recibir el aire, o cerrarle el camino a lo que en las canales pueda estar.

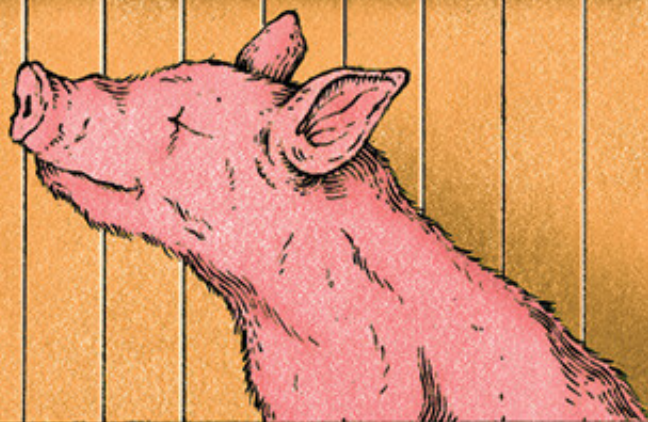


Nadie diga que no es verdad, porque hay quien se ha puesto a contarlos: como cuarenta mil músculos tiene la trompa del elefante, la "proboscis", como dice la gente de libros: toda es de músculos, entretejidos como una red:



unos están a lo largo, de la nariz a la punta, y son para mover la trompa adonde el elefante quiere, y encogerla, enroscarla, subirla, bajarla, tenderla: otros son a lo ancho, y van de las canales a la piel, como los rayos de una rueda van del eje a la llanta: éstos son para apretar las canales o ensancharlas.

¿Qué no hace el elefante con su trompa? La yerba más fina la arranca del suelo. De la mano de un niño recoge un cacahuete. Se llena la trompa de agua, y la echa sobre la parte del cuerpo en que siente calor. Los elefantes enseñados se quitan y se ponen la carga con la trompa. Un hilo levantan del suelo, y como un hilo levantan a un hombre. No hay más modo de acobardar a un elefante enfurecido que herirle de veras en la trompa. Cuando pelea con el tigre, que casi siempre lo vence, lo echa arriba y abajo con los colmillos, y hace por atravesarlo; pero la trompa la lleva en el aire. Del olor del tigre no más, brama con espanto el elefante: las ratas le dan miedo; le tiene asco y horror al cochino. ¡A cuanto cochino ve, trompazo!



Pensamientos de una niña

María Enriqueta

Creo que las flores ven,
y a veces las nubes juegan;
creo que el viento les dice
cosas gratas a las yerbas,
que se agitan y se ríen
cuando él va a charlar con ellas.

A veces por las mañanas
yo me voy a la pradera,
y me divierto mirando
las margaritas inquietas.

Les habla el viento al oído,
corre, salta, juguetea,
y ellas, en vaivén alegre,
mueven sus lindas cabezas.



El rruiseñor

Guadalupe Amor

Pájaro cantor
de setecientos veintidós colores
el frágil rruiseñor,
mayoral de tenores
es ave de los trinos trinadores



Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes Saavedra

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un señor seco de carnes y de rostro delgado, a quien le gustaba madrugar e ir de cacería. Pasaba de los cincuenta años y dicen que le llamaban Quijada o Quesada, aunque es posible que su verdadero nombre fuera Quijana.

Don Quijada dedicaba sus días a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que se olvidó de la caza y de su hacienda, y vendió muchas de sus tierras para comprar todos los libros de caballerías que pudo. Con estas lecturas, el pobre fue perdiendo el juicio. Se desvelaba para entenderlas y discutía con el cura de su pueblo sobre cuál había sido el mejor caballero.

Leía día y noche. Y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro y su imaginación se llenó de la fantasía que leía en los libros: encantamientos, batallas, heridas, decepciones, amores, tormentas y disparates imposibles. Hasta que un día perdió el juicio y decidió convertirse en caballero andante para poner en práctica todo lo que había leído.





Lo primero que hizo fue limpiar las armas que habían sido de sus bisabuelos; se hizo una **celada** de cartón; para probar si era fuerte, sacó su espada y le dio dos golpes, pero con el primero hizo pedazos lo que había creado en una semana, así que decidió hacerla de nuevo poniéndole barras de hierro por dentro.

Luego pasó cuatro días pensando el nombre de su **rocín**; después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió y deshizo, finalmente lo llamó Rocinante. Contento con el nombre de su caballo, decidió inventar uno para sí mismo; en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo dijo llamarse Don Quijote de la Mancha.

Diccionario poético



Jirafa: Es un caballo alargado por la curiosidad.

Ramón Gómez de la Serna

Bambú: Cohete de larga vara.

José Juan Tablada



Huizache: Erizado de espinas se levanta en la mitad del llano.

Dolores Castro

La piel de la hiena

Anónimo

Hace mucho, mucho tiempo, una hiena y una liebre eran muy buenas amigas. Pero la hiena engañaba a la liebre y cada vez que ésta pescaba un pez grande la hiena se lo comía. La hiena inventaba juegos extraños y tras acordar que el ganador se comería el pez, siempre acababa ganando y comiéndoselo.

Un día la liebre pescó un gran pez y le dijo a la hiena:

—¡Hoy es mi día! ¡Hoy me comeré yo sola este gran pez!

—Es demasiado grande para un estómago tan pequeño —le dijo la hiena—. Se pudrirá antes de que puedas comértelo todo.

—Es verdad —dijo la liebre—. Pero lo pondré a ahumar por la noche para conservarlo en pedazos pequeños.

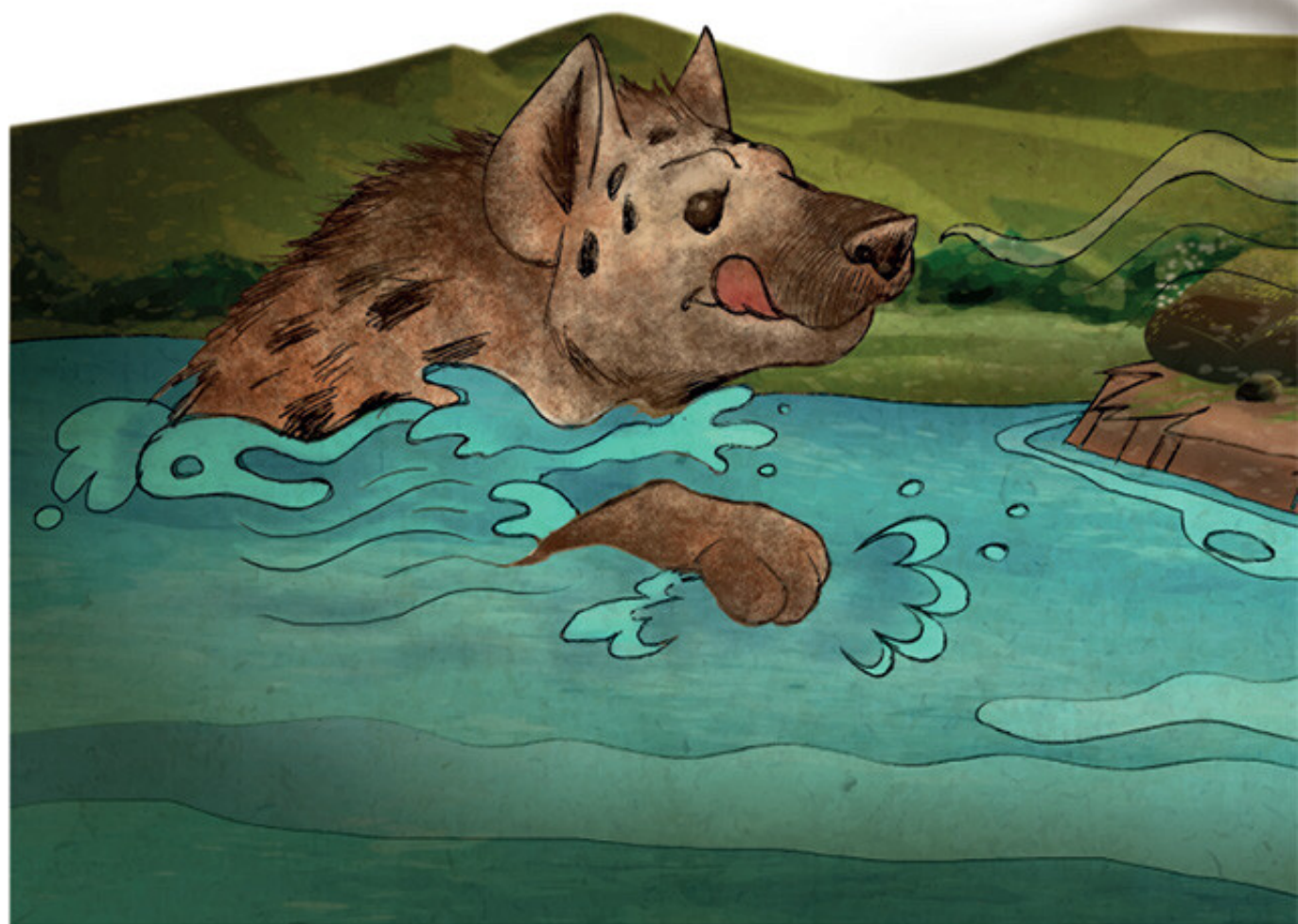
¡Estará delicioso!



La hiena no aguantaba la envidia y seguía deseando comerse el pescado de la liebre.

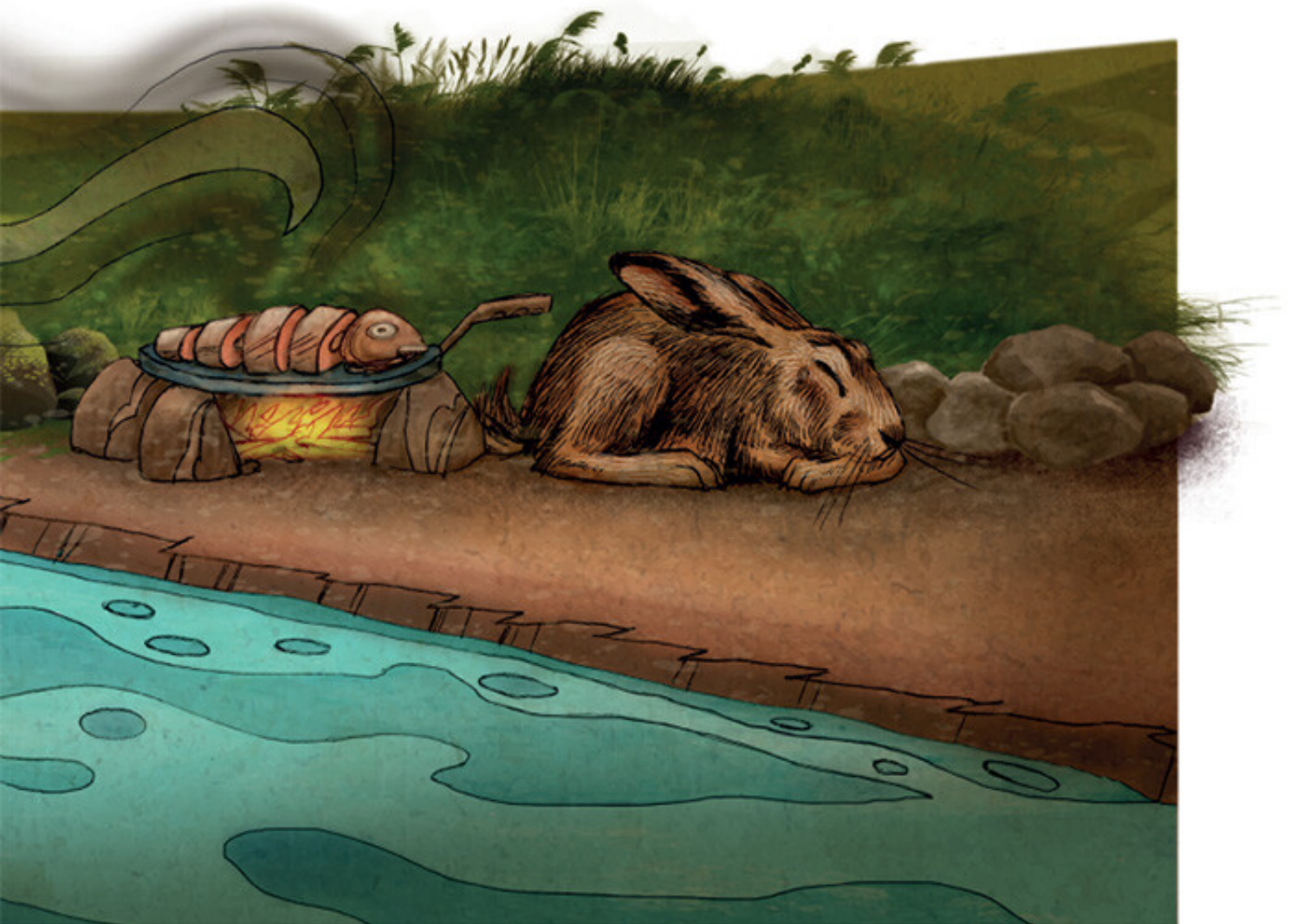
“Me lo comeré yo sola” —se decía. Y sólo hacía planes para satisfacer su egoísmo.

Llegada la noche, la hiena cruzó sigilosamente el río, acercándose hasta donde dormía la liebre. En ese momento, el pescado, partido en trozos, se asaba lentamente y la grasa que caía sobre las brasas perfumaba el ambiente. La hiena se relamía ya de gusto, riéndose de la liebre por la sorpresa que se llevaría ésta al ver que le habían robado el pescado con el que tanto soñaba.



Mientras tanto, la liebre estaba acostada haciéndose la dormida, pero muy atenta a lo que hacía la hiena. Cuando ésta agarró el primer trozo de pescado, la liebre se levantó de repente, cogió la parrilla que estaba encima del fuego y, corriendo tras la hiena, la azotaba con ella mientras la glotona aullaba de dolor, de vergüenza y de rabia.

La hiena acabó con todo el cuerpo marcado con las barras de la parrilla. Y, desde entonces, las hienas llevan rayas en la piel; por eso, desde entonces, odian a las liebres.



Castillos en el aire

Fernando del Paso

Cuando llegaron los ventrílocuos celestes, hicieron hablar a la luna con los mandriles, y a los diamantes con las claves de sol. Fueron ellos, junto con recopiladores de leyendas **áureas** basadas en los recuerdos imaginarios de testigos henchidos de falsos juramentos, los que intentaron hacer un inventario de los castillos y sus alrededores, de sus patios donde se pasan el polvo y el fervor, y de los **ignominiosos** líquidos que escurren por sus muros: sangre y saliva ennegrecidas y cuajadas, fruto de **rancias** masacres.



Pero ninguno de ellos mojó sus labios con la helada certidumbre del agua clara de sus fuentes. Azotaron en vano a los árboles de sus jardines con sus propias ramas, con la esperanza de hacerlos confesar el **designio** final de sus frutos e intentaron asesinar a la noche, que dormía refugiada en sus claustros húmedos, sofocándola con sus propias alas: nunca entendieron que, si Roma no se hizo en un día, estos castillos, en cambio, se hicieron en menos de una tarde y quizás en menos de un instante.



Glosario

- acerbo, ba.** Áspero al gusto.
- ahínco.** Entusiasmo o empeño para hacer algo.
- amedrentar.** Asustar, provocar miedo.
- anhelante.** Que desea mucho algo.
- arcano, na.** Secreto, misterioso.
- áureo, a.** De oro o con alguna de sus características.
- briza.** Que mece o acuna.
- celada.** Parte de una armadura antigua, que cubría la cabeza y tenía una visera movable.
- claraboya.** Ventana ubicada en el techo.
- corcel.** Caballo ágil.
- designio.** Intención o plan de hacer algo.
- efímero, ra.** Que dura poco.
- elocuencia.** Capacidad o posibilidad de hablar o de expresarse de manera fluida, apropiada y convincente.
- engendro.** Ser feo, desproporcionado o monstruoso.
- escabullirse.** Escaparse sin que nadie lo note.
- escoplo.** Herramienta que usan los carpinteros formada por un mango y una cuchilla plana.
- etéreo, a.** Que es extremadamente ligero, airoso y elevado; muy sutil y delicado; impalpable.
- filigrana.** Trabajo, obra o adorno formado de hilos de oro y plata, muy delicado.
- gorro frigio.** Gorro cónico, de color rojo, con la punta curvada hacia delante o hacia el costado.
- gota.** Enfermedad que produce hinchazón en las articulaciones.
- grácil.** Delicado, ligero.
- huso.** Instrumento, generalmente de madera, largo, fino en las puntas y abombado en el medio, que se utiliza para hilar lana.
- ignominioso, sa.** Que causa ignominia; que provoca gran vergüenza y humillación.
- indómito, ta.** Que no se puede domar.
- inerte.** Inmóvil.
- ínfimo, ma.** Que tiene la posición o categoría más baja posible, que tiene poca importancia.
- labial.** Que se pronuncia con los labios, como la letra p.
- meridional.** Del sur.
- mortecino, na.** Que no tiene fuerza o intensidad.
- muelle.** Pieza elástica que se utiliza en varias máquinas para suavizar su movimiento, regularlo o hacerlo más estable.
- ocelo.** Ojo simple de los que forman un ojo compuesto de insectos y otros animales.
- oda.** Poema para alabar a alguien.
- oropel.** Cosa de poco valor y mucha apariencia.
- palíndromo.** Palabra o frase que al leerse de izquierda a derecha y de derecha a izquierda dice lo mismo.
- precepto.** Orden, mandato o norma.
- puchero.** Vasija de panza ancha que sirve para hacer guisados o guisado que se hace en esa vasija.
- rancio, cia.** Antiguo. Alimento viejo con sabor y olor desagradables.
- rocín.** Caballo de mal aspecto.
- rueca.** Instrumento para hilar, compuesto de vara, rueda y poleas donde se enrolla el hilo.
- sagaz.** Astuto y prudente.
- sutil.** Delgado, delicado.
- terral.** El "viento terreal" es aquel que viene de la tierra.
- trasoñar.** Entender algo erróneamente, como en los sueños.

Bibliografía

- Anónimo (2011). "Tatapachichi" y "El saltamontes colorado", en *Cuentos indígenas*, México, compilación de Pablo González Casanova, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.
- Anónimo. "Regar" (s.f.). Poesía visual.
- Anónimo. "Viento" (s.f.). Poesía visual.
- Amor, Guadalupe (2010). "El ruiseñor", en *Guadalupe Amor*, selección y nota introductoria de Roberto Fernández Sepúlveda, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 163).
- Arreola, Juan José (2010). "El sapo", en *Juan José Arreola*, selección y nota introductoria de Alberto Paredes, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Cuento Contemporáneo, 70).
- Bautista, Ruperta, "Cuelgan las nubes", en Susana Bautista Cruz, "Levantar la voz con la palabra": *Poesía de mujeres indígenas contemporáneas*, recuperado de tierraadentro.cultura.gob.mx/levantar-la-voz-con-la-palabra-poesia-escrita-por-mujeresindigenas-contemporaneas/ (Consulta: 23 abril de 2020).
- Bonifaz Nuño, Rubén (1999). "Lo útil y lo bello", en *Cuentos de los abuelos*, México, Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- _____. (2006). "Principio para un canto a Juárez", (fragmentos; para esta edición con el título "Canto a Juárez"), en *La Jornada Semanal*, núm. 585, 21 de mayo de 2006, recuperado de jornada.com.mx/2006/05/21/sem-ruben.html (Consulta: 5 de febrero de 2020).
- Borges, Jorge Luis et al. (1999). "Definir", en *Borges verbal*, Buenos Aires, Emecé.
- Cantares Mexicanos II* (tomo 1) (2011). Edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fideicomiso Teixidor.
- Bracho, Coral (2010). "Mariposa", en *Huellas de luz*, México, Universidad Nacional Autónoma de México 2010 (Voz Viva, 112).
- Carroll, Lewis (2015). *Alicia en el País de las Maravillas* (fragmento del "Capítulo I"), México, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Castellanos, Rosario (1972). "El tejoncito maya" y "Éxodo", en *Poesía no eres tú, Obra poética: 1948-1971*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Castro, Dolores (2003). "Huizache", en *Qué es lo vivido. Obra poética*, México, Ediciones el Lirio.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de La Mancha* (fragmento del "Capítulo I"). Adaptación de Modesta García Roa.
- Collodi, Carlo (2011). "Geppetto, de vuelta a casa, comienza a fabricarse en seguida el muñeco y le pone el nombre de Pinocho. Primeras aventuras del muñeco" (fragmento; para esta edición con el título "Pinocho"), en *Las aventuras de Pinocho*, prólogo y traducción de Antonio Colinas, Madrid, Siruela.
- Cortina, Conde de la (1995). "Algunos sinónimos castellanos" (fragmento; para esta edición con el título "Acerca de la b"), en *Poliantea*, prólogo y selección de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cruz, Sor Juana Inés de la. *Carta a Sor Filotea de la Cruz* (fragmento; para esta edición con el título "De cómo aprendí a leer"). Adaptación de Modesta García Roa.
- Cuevas Cob, Briceida (2012). "Wolis t'aan" y "Pelota de voz", en *Voz viva del Mayab*, Mérida, Yucatán, Secretaría de la Cultura y las Artes del Gobierno del Estado de Yucatán-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Tecnológica Metropolitana.
- Dávila, Amparo (2010). "El huésped" (fragmento), en *Amparo Dávila*, selección y nota introductoria de Luis Mario Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Cuento contemporáneo, 81).
- "Dédalo e Ícaro", versión libre del mito griego de Ricardo Peláez.
- Diego, Eliseo (2012). "Los trenes", en *Eliseo Diego*, selección y notas de Alberto Paredes, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 122).
- "El unicornio" (fragmento) (2000). En *Bestiario medieval*, introducción, traducción y notas de Herederos de Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela.
- Fei, Han (2010). "Vendedor de lanzas y escudos", en *Largueza del cuento corto chino*, recopilación, prólogo, traducción y notas de José Vicente Anaya, México, Almadia.

- Fernández de Lizardi, José Joaquín (1990). "La fábula de los cangrejos", en *Obras, VIII, Novelas, El Periquillo Sarmiento*, tomos I y II, prólogo, edición y notas de Felipe Reyes Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fillooy, Juan. "¿Acaso hubo búhos acá?", en *Letras Libres*, recuperado de <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/palindromos> (Consulta: 5 de febrero de 2020).
- Fraire, Isabel (1997). "Como un inmenso pétalo de magnolia" (para esta edición con el título "Pétalo de magnolia"), en *Puente colgante. Poesía reunida*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Galeano, Eduardo (2016). "Concurso de viejos", en *El cazador de historias*, México, Siglo XXI Editores.
- García Márquez, Gabriel (2015). *Cien años de soledad* (fragmento; para esta edición con el título "La casa de José Arcadio Buendía"), México, Diana.
- García Lorca, Federico (2014). "Canción tonta", en *Los mejores poemas para niños de Federico García Lorca*, Madrid, Verbum.
- Gómez de la Serna, Ramón (1983). "Jirafa", en *Greguerías. Selección 1910-1960*, Madrid, Espasa Calpe (Selecciones Austral).
- Góngora, Luis de (1972). "La flor y la miel", en *Español. Cuarto grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Gorostiza, José (1972). "Pausas I" y "Pausas II", en *Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Grass, Günter (2006). *El tambor de hojalata* (fragmento; para esta edición con el título "Las cuatro faldas"), Barcelona, Alfaguara.
- "Hansel y Gretel". Cuento tradicional. Adaptación de Silvia Molina.
- Hemingway, Ernest (2010). *El viejo y el mar* (fragmento), Barcelona, Lumen.
- Huerta, David (1997). "Algunos deseos", en *La música de lo que pasa*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Huerta, Efraín (2014). "Así es", "Mocambo", en *El gran cocodrilo en treinta poemínimos*, ilustrado por Dr. Alderete, México, Fondo de Cultura Económica.
- Illescas, Carlos. "Sé verla al revés", en *El País*, Madrid, 30 de diciembre de 2001, recuperado de https://elpais.com/diario/2001/12/30/madrid/1009715072_850215.html (Consulta: 23 de abril de 2020).
- Jiménez, Juan Ramón. "Pensamiento que debe volver, volverá", en *El País*, 12 de mayo de 2012, recuperado de https://elpais.com/cultura/2012/05/09/actualidad/1336562311_752846.html (Consulta: 5 de febrero de 2020).
- Lafcadio Hearn (2002). "El monte Fuji, en Japón", en *En el país de los dioses, relatos de viaje por el Japón Meiji, 1890-1904*, selección y traducción de José Miguel de Prada Samper, Barcelona, El Acatilado.
- Lancini, Dario. "Yo hago yoga hoy", en *Letras Libres*, 19 de junio de 2017, recuperado de <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/palindromos> (Consulta: 5 de febrero de 2020).
- Lira, Miguel N. (1995). "Canción para dormir", en *Obra poética 1922-1961*, compilación de Jeanine Gaucher-Morales y Alfredo O. Morales, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Lizalde, Eduardo (1974). "Muere esta infima criatura", en *La zorra enferma*, México, Joaquín Mortiz.
- Lugones, Leopoldo (1972). "El pájaro carpintero", en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Machado, Antonio (1972). "Pegasos, lindos pegasos", en *Español. Cuarto grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública.
- _____. (2007). "Los sueños", en *Antonio Machado para niños*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- María Enriqueta (1978). "Pensamientos de una niña", en *Rosas de la infancia, Antología de María Enriqueta*, México, Gobierno del estado de Veracruz-Dirección General de Educación Popular.
- Martí, José (1992). "Cuentos de elefantes", en *La edad de oro* (fragmento; para esta edición con el título "Elefantes"), México, Fondo de Cultura Económica.
- Michell, Tom (2016). "Los pingüinos de Magallanes. En que se revelan ciertas cosas sobre los pingüinos", en *Lo que aprendí de mi pingüino* (fragmento; para esta edición con el título "Los pingüinos de Magallanes"), traducción de Jofre Homedes Beutnagel, Barcelona, Plaza & Janés.
- Monsalve, Margarita (2001). "¡A rodar rana narradora!", en *Palindromos*, dirección, diseño y edición de Benjamín Villegas, Bogotá, Villegas Editores.
- Montgomery, Sy (2018). "Atenea. Descubrir el cerebro de un molusco", en *El alma de los pulpos* (fragmento; para esta edición con el título "El alma de los pulpos"), prólogo de Donna León, Barcelona, Seix Barral.

- Munro, Alice (2015). *Todo queda en casa* (fragmento), Barcelona, Lumen.
- Nandino, Elias (1983). "Rayo de Luna", en *Canciones 1915-1919. Color de ausencia 1919-1924. Espiral 1924-1928*, México, Editorial Katún.
- Neruda, Pablo (1999). "Oda a la flor azul", en *Obras completas II. De "Odas elementales" a "Memorial de Isla Negra" 1954-1964*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Nervo, Amado (2010). "El barquito de papel" y "La ardilla", en *Obras. Poesía reunida*, tomos I y II, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Nezahualcóyotl (1982). "Canto de primavera", en *Literaturas de Anáhuac y del Incario. La expresión de dos pueblos del sol*, México, Secretaría de Educación Pública-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Paso, Fernando del (2018). "Castillos en el aire" (fragmento), en *No des paso sin Del Paso*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Petrarca, Francesco (2008). "Fragmento XLVI" (fragmento; para esta edición con el título "El oro"), *Cancionero*, Madrid, Alianza Editorial.
- Poe, Edgar Allan. "El cuervo" (fragmento), traducción de Miguel Ángel García Franco.
- "Por qué el caracol tiene concha" (para esta edición con el título "El caracol") (1972). Cuento popular africano, en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública. Adaptación de Alicia Fernández de Jiménez.
- "Por qué la hiena tiene la piel rayada?" (para esta edición con el título "La piel de la hiena") (2004). En *Cuentos africanos*, La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Prado Galán, Gilberto (2010). "Sol opaco toca polos", en *Efímero lloré mi fe. 26162 Palíndromos*, México, Ediciones Sin Nombre-Arteletra-Instituto Coahuilense de Cultura.
- Renard, Jules (2014). "La gallina", en *Historias naturales*, traducción de Joan Riambau Moller, Madrid, Debolsillo.
- Rivas, Manuel (2010). "La lengua de las mariposas" (fragmento), en *¿Qué me quieres, amor?*, Madrid, Alfaguara.
- Rubalcava, Adam (2001). "Así me trae Artemisa", en Giraldo, Juan David, *Palíndromos*, Bogotá, Villegas editores.
- Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia General de las cosas de la Nueva España* (fragmento; para esta edición con el título "El cóyotl"). Adaptación de Modesta García Roa.
- Shelley, Mary W. (2018). *Frankenstein* (fragmento), México, EK Editores.
- Socha, Piotr (2016). *Abejas* (fragmento), revisión del texto de Wojciech Grajkowski, traducción de Katarzyna Motoniewicz y Abel Murcia, Madrid, Ediciones Maeva.
- Swift, Jonathan (1991). "Los elefantes", en *Antología del humor negro*, compilación de André Breton, Barcelona, Anagrama.
- _____. (2018). *Los viajes de Gulliver* (fragmento), Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Tablada, José Juan (2014). "Bambú", en *Un día... Poemas sintéticos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- _____. (2008). "En Lilibut", en *Los ojos de la máscara. Antología poética*, Sevilla, Editorial Renacimiento.
- Tolstói, León (2017). "Los perros bomberos", en *Cuentos para niños*, traducción de Selma Ancira, México, Secretaría de Cultura.
- Unamuno, Miguel (1983). "A mi primer nieto" (fragmento), en *Antología de la literatura infantil española*, tomo 1, prólogo y selección de Carmen Bravo-Villasante, Madrid, Editorial Doncel.
- Vallejo, César (1975). "Bordas de hielo", en *Obra poética completa*, La Habana, Casa de las Américas.
- Villaurrutia, Xavier (1966). "Variaciones de colores", en *Obras. Poesía. Teatro. Prosas varias. Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Vitale, Ida (2002). "Gotas", en *Reducción del infinito*, Barcelona, Tusquets Editores.
- Whitman, Walt (2017). "Canto de mí mismo" (fragmento; para esta edición con el título "¿Qué es la hierba?"), en *Hojas de hierba*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Wilde, Oscar (1972). "El gigante egoísta", en *Español. Cuarto grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Yukou, Lie (2010). "El ladrón poseído", en *Largueza del cuento corto chino*, recopilación, prólogo, traducción y notas de José Vicente Anaya, México, Almadía.

Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 43, 58, 59, 65, 105, 134
Diego Álvarez, pp. 26-27, 84
Sharon Barcs, pp. 36-37, 96-97
Israel Barrón, pp. 74-75, 138-139
Patricio Betteo, pp. 28, 29, 57, 88, 91
Ángel Campos Frías, pp. 20-21, 61-63, 102-103
Julián Cicero, pp. 64
Juan José Colsa, pp. 10, 22-23, 38-39, 52, 53, 76, 77, 102-103, 108-109, 120
Paloma Díaz, pp. 44-45
Julia Díaz Garrido, pp. 46, 47, 89, 101, 104, 121
Ixchel Estrada, pp. 11, 18-19, 31, 119
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 16-17
Isabel Gómez Guízar, pp. 78-79, 92-95
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 60, 66-67, 135, 136-137
Natalia Gurovich, pp. 24-25
Claudia Legnazzi, pp. 8-9, 40-41, 48-51, 106-107, 122-123, 130
Diego Molina, pp. 124-125
Claudia Navarro, pp. 110, 111
Ricardo Peláez Goycochea, pp. 70-73
Gabriela Podestá, pp. 85-87, 112-118
Tania Recio, pp. 12-13, 14-15, 126
Esmeralda Ríos, pp. 30, 80-81, 90, 131
Luis San Vicente, pp. 33, 34-35, 68-69, 132-133
Mauricio Torres Rivera, pp. 98-100, 127-129
Cecilia Varela, pp. 32, 54-56
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 82-83



Distribución gratuita
Prohibida su venta



Mujeres, 1928
Diego Rivera (1886-1957)
Fresco, 3.94 × 1.34 m
Patio del Trabajo, segundo nivel
Secretaría de Educación Pública



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

